

JAVIER TOMEIO



3 9001 03620 6665

L...rios de la Ópera

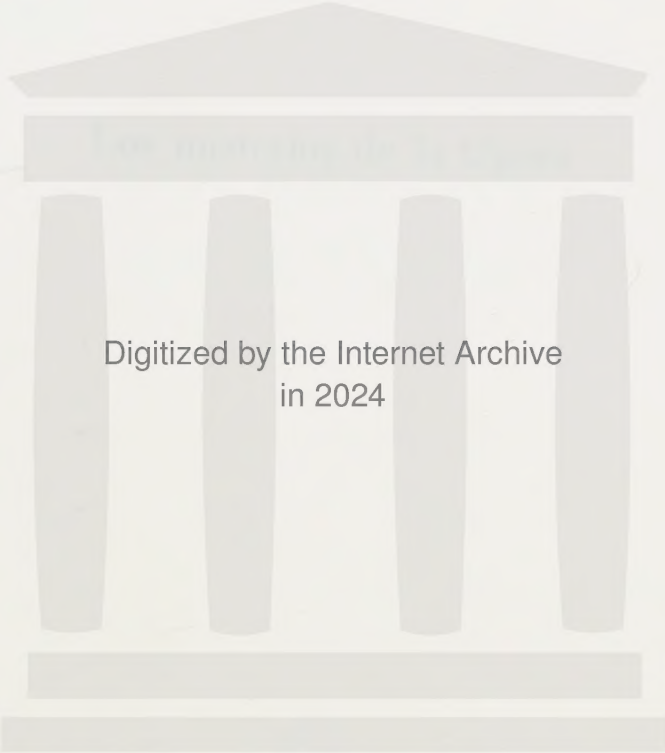


ANAGRAMA
Narrativas hispánicas



Javier Tomeo estudió Derecho y Criminología en la Universidad de Barcelona. En la década de los ochenta se confirmó como uno de los mejores y más personales narradores españoles contemporáneos.

En esta colección se han publicado las novelas *El castillo de la carta cifrada*, *Amado monstruo*, *Preparativos de viaje*, *El cazador de leones*, *La ciudad de las palomas*, *La máquina voladora*, *Los misterios de la Ópera* y los libros de relatos *Problemas oculares* e *Historias mínimas*. Muchos de sus libros están editados en Alemania, Holanda, Brasil, Francia, Italia, Portugal, Israel, Hungría, Polonia, Suecia, Dinamarca, Finlandia, Gran Bretaña y Estados Unidos, con excelente acogida de crítica.



Digitized by the Internet Archive
in 2024

Los misterios de la Ópera

7255007

PQ

6670

04

M57

1997

Javier Tomeo

Los misterios de la Ópera



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Portada:

Julio Vivas

Ilustración: «El retorno del orgulloso guerrero»,
Georges Barbier, 1923-1929

© Javier Tomeo, 1997

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1997

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 84-339-1052-3

Depósito Legal: B. 11256-1997

Printed in Spain

Liberduplex, S.L., Constitució, 19, 08014 Barcelona

Para Jean-Jacques Prèau

Sólo hay un camino para llegar y mil
para alejarse.

JOHN RAY, naturalista británico

Nos encontramos en los sótanos de la Ópera de H., seis pisos por debajo del escenario. Silencio. Hasta aquí no llega la menor señal de la vida que palpita en la superficie. Las risas y los aplausos no pertenecen a este submundo. Una mujer, caracterizada de Brunilda, entra en el sótano por una puerta ojival, recorre lentamente el pasillo y se sienta en un banco dispuesto frente a una larga mesa tras la que aparece sentado un hombre vestido de negro. En la pared del fondo, es decir, tras la mesa, amplio ventanal de cristales traslúcidos.

El hombre vestido de negro –a quien, para simplificar las cosas, llamaremos a partir de ahora Juez– tiene alrededor de cincuenta años y una curiosa cabeza en forma de pera invertida. Lleva puestas unas gafas sin montura y por encima del bolsillo superior de la chaqueta asoma el

caperuzón rojo de un bolígrafo. Carraspea y mientras pone en orden los documentos que ha sacado del interior de una carpeta, pasea la mirada por los muros, atraído tal vez por las suaves ondulaciones de los grandes tapices de color violeta que cuelgan a intervalos de diez o doce metros. Bueno será recordar ahora que el violeta (o morado) es el color de la tristeza y del dolor, tal vez porque moradas son las ojeras que dibuja la pena en nuestro semblante y porque es el color predominante de la trinitaria, que es la flor de los muertos. No olvidemos tampoco que los lirios violetas o morados fueron antes lirios blancos, y fue el dolor lo que les dio aquel color.

Junto a la puerta hay otro hombre montando guardia. Esa puerta comunica con otra sala que, a su vez, se comunica con otros aposentos secretos y, a través de esos aposentos, con los interminables subterráneos del Teatro. Ese hombre -a quien a partir de este momento llamaremos Portero- no parece demasiado inteligente. Le delatan unos arcos ciliares muy pronunciados y las orejas en forma de asa. Hay algo en su mirada, sin embargo, que trasluce cierta astucia. Está ahí para ir abriendo y cerrando la puerta cada vez que el Juez se lo pida, pues en la estancia contigua hay otras mujeres que esperan su turno para ser juzgadas.

Nuestra Brunilda procura mantener la cabeza

erguida. No le debe resultar fácil, teniendo en cuenta el voluminoso casco que lleva puesto y, sobre todo, los embarazosos cuernos, que también deben de pesar lo suyo.

Una vez hecho este preámbulo, empecemos sin más dilaciones nuestro relato. El Juez pregunta a la mujer cuál es su nombre y ella responde que se llama Brígida von Schwarzeinstein.

—¿Lo dice usted en serio o en broma? —le pregunta el Juez.

—En serio —responde la mujer.

No se atreve a preguntarle al hombre quién es, pero le toma por juez. No tiene la conciencia demasiado limpia y no le extraña que, de pronto, se haya topado con un hombre que se disponga a juzgarla por todos los viejos pecados que ha cometido a lo largo de su vida, aunque ni ella misma tenga conciencia de qué pecados puedan haber sido éstos. Acepta pues su obligación de responder a todas las preguntas que le vayan haciendo. Para empezar el Juez le pregunta si Von Schwarzeinstein se escribe tal como suena y Brígida responde que no tiene ni idea de cómo puede sonar a sus oídos. Luego aclara que son dos palabras separadas. Una, la primera, Von, con uve, y luego la otra con ch y w.

El Juez se ajusta las gafas a la nariz, consulta

la lista que tiene encima de la mesa y pide a la mujer que le dé algún detalle que acabe de identificarla.

—En este mundo —dice— los nombres no lo son todo.

Lo que quiere decir es que algunas veces los nombres engañan, que no son ellos los que hacen a las cosas y que las rosas continuarían siendo bellas aunque se llamasen de otro modo. Ese hermoso pensamiento no es suyo, lo ha leído en alguna parte, y a primera vista podría tomarse por un piropo, pero no lo es. Nada más lejos de la intención del Juez que piropoear a una mujer que podría ser considerada culpable y, en consecuencia, condenada.

—Lo que sí es cierto —dice luego— es que Brígida es un nombre de etimología incierta.

—Tiene usted razón —reconoce la mujer—. No hace mucho que lo leí en un libro. Algunos dicen que Brígida viene del hebreo *hir*, que significa ciudad, y otros que viene del caldeo *ur*, que quiere decir valle. Y hay incluso otros que aseguran que es una voz de origen celta que significa excelsa.

—¿Acaso se considera usted excelsa? —le pregunta el Juez, inclinando ligeramente hacia la derecha su cabeza de pera.

Brígida von Schwarzeinstein responde que según como se mire. Dice que para algunos hom-

bres fue una mujer excelsa, pero que para otros no lo fue tanto. A lo largo de su vida ha conocido hombres de aficiones y gustos muy diversos. A continuación, refiriéndose otra vez a los diferentes nombres que pueden tener las personas e incluso los animales, dice que, al fin y al cabo, lo que bien suena, lo tiene por cosa buena y lo que mal, lo tiene por infernal.

El Juez no está de acuerdo y repite lo que ha dicho hace un instante; muchas veces los nombres no responden a la realidad de las cosas. Se queda un rato callado y poco a poco se van encendiendo dos temblorosas llamas en el fondo de sus oscuras pupilas. Recuerda que hace muchos años conoció a una muchacha que se llamaba Timotea y que, a pesar del nombrecito, era muy hermosa. Inclina la cabeza, entorna los párpados y durante un instante permanece en silencio, acunado por algún dulce recuerdo. Dice que aquella Timotea de su juventud tenía una mirada azul que parecía descender directamente del Paraíso y Brígida aprovecha la oportunidad para decir que también ella tiene los ojos azules y, además, una hermosa voz de soprano.

—Lo de los ojos, salta a la vista —observa el Juez—, pero no entiendo mucho de voces. ¿Tiene usted realmente voz de soprano?

Brígida no se lo piensa dos veces y suelta va-

rios gorgoritos que recorren todas las notas de la escala musical sin detenerse en ninguna.

—La voz de soprano —explica luego— es la voz más aguda de mujer.

—De acuerdo —dice el Juez, volviendo a consultar su lista—. Consignaremos aquí, junto a su nombre, que tiene usted los ojos azules y voz de soprano. Éstos pueden ser los detalles personales que le pedí antes.

Brígida, que ha sido siempre muy minuciosa, sugiere al Juez que puede consignar también que tiene el ojo derecho un poco más grande que el izquierdo, no mucho, pero lo suficiente para no poder presumir de ser una mujer absolutamente simétrica. Ha hecho esa precisión con una modestia que suena a falsa, pero el Juez sonríe con benevolencia. Lo de la asimetría no le parece un detalle relevante. En realidad no hay hombre ni mujer que pueda presumir de ser completamente simétrico.

—La simetría no es de este mundo —sentencia, ahuecando un poco la voz.

Se queda un momento callado, reflexionando sobre lo que acaba de decir. Eso suele ocurrir de vez en cuando: hablamos como si alguien nos estuviese dictando las palabras al oído y después, cuando nos damos cuenta de lo que hemos dicho, nos parece mentira que se nos haya ocurrido algo tan inteligente y nos hacemos cruces. El Juez de-

cide ponerse él mismo como ejemplo. Se aclara la voz y confiesa a la mujer que también él tiene el ojo derecho un poco más grande que el izquierdo, que el lóbulo de su oreja derecha es asimismo algo mayor que el de la izquierda y que incluso su testículo izquierdo cuelga un poco más que el derecho.

Brígida von Schwarzeinstein sonríe y replica, con un breve temblor en la voz, que nunca tuvo la oportunidad de verle los testículos a un juez.

—Lo más lógico —añade— es que sean parecidos a los de cualquier otro hombre. Eso sería, también, lo más justo.

Es evidente que pretende hacerse la graciosa y romper de ese modo la frialdad del interrogatorio.

—Quiero dejar muy claro que no soy juez y menos aún el Juez que debe juzgarla —puntualiza el hombre—. Yo estoy aquí sólo para interrogarla.

—Lo que quise decirle antes —le explica la mujer, que no puede creer que el hombre que tiene delante no sea juez— es que si los testículos de los juzgadores fuesen distintos a los testículos de los juzgados, sobre todo si fuesen más pequeños, tendríamos una razón más para desconfiar de la objetividad de los jueces.

Es una buena reflexión que convendría tener siempre en cuenta, pero el Juez observa que no

están aquí para hablar de lo que es justo y de lo que es injusto.

—Lo que sí debemos tener claro —dice— es que una cosa es ser legislador y otra distinta ser juez. Cuando los jueces se apartan de la letra de la ley dejan de ser jueces y se convierten en legisladores.

Se queda otra vez callado y mientras el Portero bosteza sin el menor disimulo —ese hombre no parece sentir ningún interés por lo que se está ventilando en este interrogatorio— el Juez consulta otra vez los papeles amarillos, rojos, verdes y azules que tiene encima de la mesa. En esta ocasión se quita las gafas, acerca la lista a un palmo de la nariz —exagerando su miopía— y pregunta si Brígida se escribe que be o con uve.

—Con be —responde la mujer.

Le parece extraño que todo un señor entrevistador —acostumbrado a hablar con todo tipo de personas— y que en cierto modo actúa como juez, no sepa una cosa tan sencilla.

Esto me huele a chamusquina, recela, entornando los párpados. Ese hombre quiere comprobar si yo sé cómo se escribe mi propio nombre.

—¿Está usted segura de que Brígida se escribe con be? —vuelve a preguntarle el Juez.

Se acerca todavía más los papeles a la nariz —es evidente que está exagerando su condición de

miope— y lanza un par de breves resoplidos por la nariz.

—Completamente segura —responde la mujer, levantando la barbilla.

En este mundo, se dice luego, hay personas que presumen de conocerse bien (personas que saben incluso que no son del todo simétricas), pero que no están muy seguras cuando se les pregunta si su nombre se escribe con be o con uve.

—En fin —prosigue el Juez, ordenando los papeles multicolores que tiene encima de la mesa—. Esta mañana, durante la última ronda por los sótanos del Teatro, los visitantes la encontraron acurrucada en un rincón, llorando como una Magdalena. Cuénteme por qué estaba llorando y qué es lo que estuvo haciendo hasta entonces.

Brígida dice que todo eso no resulta fácil de explicar en cuatro palabras.

—Fue como una pesadilla —susurra, bajando la mirada al suelo.

—No se ponga nerviosa. Empezé por el principio, que es por donde suelen empezarse todas las historias. Hace un momento me dijo usted que se llamaba Brígida von Schwarzeinstein. Hábleme ahora de su madre. Las madres siempre están en el principio de todas las cosas. O, dicho de modo más sencillo, madre no hay más que una.

Brígida afirma con un movimiento de cabeza. Las palabras del Juez le parecen muy sensatas.

Las madres están siempre en el principio de todas las cosas. Se aclara la voz y dice que su madre se llamaba Brunilda.

–También Brunilda empieza con be –añade inmediatamente, para hacerse otra vez la graciosa y aligerar la tensión del momento.

En esta ocasión, sin embargo, el Juez no mueve ni un solo músculo del rostro. Vuelve la mirada hacia los tapices violeta que cuelgan de los muros –como si de pronto quisiese comprobar si cada uno de los tapices cuelga en el lugar que le corresponde– y abarca luego a la mujer con una mirada cansada.

–Mi madre tenía también los ojos azules –añade Brígida–. Era muy hermosa, pero con los años fue engordando.

–Eso suele ocurrir a todo el mundo –susurra el Juez, dándose una leve palmada en el estómago.

–Yo creo –observa la Schwarzeinstein, aunque no venga a cuento– que fue precisamente eso lo que mató a mi padre.

–¿Conoció usted a su padre? –le pregunta el Juez.

Brígida responde que sí, y añade que lo más normal es que los hijos conozcan a sus padres, aunque, en su caso, su padre muriese cuando ella era una niña.

–Mi padre –explica, con una sonrisa triste– se

llamaba Braulio y murió de un ataque al corazón cinco días antes de que yo cumpliera los siete años.

—¿Y su madre?

—Mi madre —responde Brígida, sin dejar de sonreír tristemente— falleció treinta años más tarde.

El Juez sacude varias veces la cabeza. Tampoco es normal, piensa, que las mujeres sobrevivan tantos años a sus esposos.

—Fíjese usted las coincidencias —observa inesperadamente Brígida, tratando de dar un poco más de alegría a su sonrisa—. También Braulio empieza con be.

Se ajusta el casco, que le viene un poco grande, y se queda pensando mientras la sonrisa se le va helando poco a poco en los labios. Advierte que es la primera vez que cae en la cuenta de que tanto sus padres como ella tuviesen nombres que empezasen con la misma letra.

—Braulio, por cierto, es otro nombre de etimología bastante complicada —observa luego.

—Hábleme un poco más de sus padres y déjese por el momento de etimologías —le pide el Juez.

Brígida von Schwarzeinstein suspira y busca una postura más cómoda. Hasta ahora estuvo sentada como una dama de alta alcurnia, con la espalda erguida, las rodillas juntas y las manos entrelazadas sobre el regazo, pero en este instante

decide abrir un poco más las piernas y apoyar las manos en los muslos. Superados ya los primeros minutos de interrogatorio, debería empezar a preguntarse seriamente por qué razón está obligada a responder a las preguntas que le están formulando. Un oscuro sentimiento de culpabilidad, sin embargo, hace que se someta con resignación al interrogatorio.

—Después de la muerte de mi padre —dice—, mi madre quedó en una posición económica bastante desahogada y pudo atender sin problemas todos sus caprichos.

—¿Qué tipo de caprichos?

—Por ejemplo, todos los jueves del año pudo continuar reuniéndose con sus amigas alrededor de una mesa llena de pasteles.

El Juez vuelve a darse una palmada en el estómago, pero no hace ningún comentario.

—Mujeres todas ellas, por cierto, bastante gordas —añade Brígida—. Yo creo que ninguna bajaba de los ochenta kilos.

El Juez le pregunta si cree que pudo ser precisamente esa gordura común lo que hizo que todas esas mujeres —su madre y las otras— se hiciesen tan amigas.

—¿No cree usted —le pregunta— que la obesidad puede crear entre las mujeres e incluso entre los hombres lazos de amistad imperecederos?

Brígida se encoge levemente de hombros. Re-

conoce que sí, que tal vez esa gordura común influyese de algún modo en la buena amistad que unió a todas las amigas de su madre, pero ensiguista añade que también los gordos y los flacos pueden llegar a ser buenos amigos e incluso enamorarse recíprocamente. Se queda un instante callada y luego recuerda el caso de una soprano alemana que pesaba por lo menos cien kilos y que se enamoró como una colegiala de un tenor italiano que no llegaba a los cincuenta y cinco.

—¿Quién le contó esa historia? —le pregunta el Juez, como si pensase que conocer la respuesta a esa pregunta puede ser fundamental para la buena marcha del interrogatorio.

—Creo que la leí en una revista del corazón —responde Brígida—. Hace un par de semanas. Me pareció emocionante.

—De todos modos —le advierte el Juez—, ándese con tiento con la prensa del corazón. No siempre nos cuenta la verdad.

—¿No cree usted que una soprano gorda pueda enamorarse de un tenorino de cincuenta o sesenta kilos? ¿Le parece un amor imposible?

—Cuidado —le advierte el Juez, apuntando a Brígida con un dedo retorcido como un sarmiento—. Mucho cuidado, porque ya sabe usted que por la boca muere el pez: es la tercera vez en un momento que me habla de sopranos.

—¿Qué tiene usted contra las sopranos? —le

pregunta Brígida cerrando un poco más las piernas pero volviéndolas a separar inmediatamente.

El Juez recuerda a Brígida von Schwarzeinstein que es él quien hace las preguntas y ella quien debe responderlas con la mayor precisión posible. Para eso están aquí.

—Yo soy el entrevistador y usted la entrevistada —dice.

Brígida se encoge otra vez de hombros —es una forma de decir que no le queda más remedio que respetar las reglas del juego— y continúa hablando de su madre.

—Pues lo que le estaba diciendo —prosigue—. Todos los jueves del mundo, hiciese frío o calor, mi madre y sus amigas se atiborraban de pasteles.

—¿Qué hacía usted mientras tanto?

—Mientras ellas comían, yo les cantaba villancicos subida en una silla.

—¿Tanto si hacía frío como si hacía calor? ¿Les cantaba villancicos en junio y julio? ¿Los cantaba también en pleno agosto?

Brígida sonríe con nostalgia. Dice que en aquellos tiempos carecía de experiencia y que tuvieron que pasar bastantes años antes de que pu-

diese comprender que no se pueden cantar villancicos en plena canícula.

—Alto, volvamos atrás un momento —le pide el Juez—. Continúe hablándome de su padre. ¿Cree usted que se murió realmente de pena al ver cómo su esposa, es decir, su señora madre, se iba engordando sin remedio?

—Juzgue usted mismo. Cuando mi padre murió, mi madre pesaba ya noventa y siete kilos. Luego continuó engordando a razón de tres kilos por año.

—Imposible —le interrumpe el Juez—. Antes me dijo que su madre sobrevivió treinta años a su esposo. Me dijo también que luego siguió engordando a razón de tres kilos por año. Treinta años de supervivencia por tres kilos anuales dan un total de noventa kilos. Si suma esos noventa kilos a los noventa y siete que ya pesaba el día que se quedó viuda, tendría ciento ochenta y siete kilos. No hay mujer que pese tanto.

Brígida se encoge de hombros.

—Bueno, más o menos —dice—. Tal vez no se engordase tanto. Lo cierto es que continuó engordando hasta que Dios la llamó a su presencia.

—¿Cree usted que Dios también se preocupa de las mujeres tan gordas?

Es una pregunta estúpida, pero Brígida sospecha que tal vez el hombre con cabeza de pera invertida —nunca, hasta hoy, había visto una cabeza

semejante— se sirva de los trucos más rebuscados para comprobar hasta dónde llegan las convicciones religiosas de sus entrevistados.

—Cambiemos de tema —prosigue el Juez, sin esperar a que Brígida responda—. Hace un momento me habló de una soprano de cien kilos, alemana por más señas, que se enamoró como una loca de un tenorino italiano. Me dijo también que leyó la historia de ese romance en una revista del corazón.

—Así es, la leí hace un par de semanas. En la peluquería.

—¿Piensa usted de verdad que puede nacer el amor entre dos personas con características físicas tan distintas? ¿Le parece viable? Póngase la mano en el corazón: ¿cree factible que una mujer tan gruesa puede acoplarse como Dios manda con un hombrecito tan menudo?

Brígida monta una pierna por encima de la otra, se cruza de brazos y envuelve al Juez con una mirada desafiante.

—No sé por qué me hace usted esas preguntas tan raras —dice.

—¿Quién era esa soprano? —pregunta el Juez, pasando por alto la pregunta de Brígida.

—Creo que se llama Ulrike, pero no recuerdo el apellido —responde la Schwarzeinstein—. Sólo recuerdo que era alemana y que pesaba cien kilos.

—La voracidad sexual de algunas mujeres de gran tonelaje me produce escalofríos —susurra el Juez.

Por el momento prefiere dejar al tenor italiano al margen. Al fin y al cabo, piensa, ningún hombre delgado es responsable de los tormentosos amores que algunas veces despiertan en ciertas mujeres obesas.

—Lo que voy a preguntarle ahora —dice luego, mientras se acaricia la punta de la nariz con la yema del índice— no tiene nada que ver con el amor.

—Adelante —le anima Brígida—. Pregúnteme todo lo que me tenga que preguntar y acabemos lo antes posible. Ya sabe usted lo que dice aquel refrán: Mucho enseña quien bien pregunta.

El Juez inclina su cabeza de pera hacia adelante y clava una severa mirada en el rostro de la mujer.

—¿Le parece lógico que una mujer de cien kilos tenga voz de soprano? Estoy pensando todavía en esa tal Ulrike. ¿No hubiese sido más lógico que tuviese voz de contralto?

Brígida entorna los párpados. No comprende a donde quiere ir a parar el Juez. Hay, además, algo que no encaja: hace un momento confesó que no entendía nada de voces y ahora resulta que es capaz de distinguir entre la voz de una soprano y la de una contralto, que es precisamente

la más grave de todas las voces femeninas. Son esa clase de contradicciones las que, por mucha que sea nuestra buena voluntad, nos hacen sospechar de las buenas intenciones de nuestros interlocutores.

—Usted sabe, sin duda —sigue diciéndole el Juez—, que la voz de las auténticas contraltos es profunda y rica y, que, por eso, contrasta admirablemente con el timbre brillante de la soprano.

Brígida suspira y cambia otra vez la posición de las piernas. Otra vez vuelve a juntar las rodillas. Sospecha que el Juez la está conduciendo a un terreno peligroso, es decir, al terreno de las respuestas comprometidas. A partir de ahora tendré que andarme con mucho cuidado, piensa. Y se propone no hablar más de la cuenta y esperar a que el Juez le haga una pregunta concreta.

—¿Sabe usted que el registro de una soprano coloratura puede llegar con facilidad hasta las notas más agudas?

—Lo sé —dice Brígida.

La media docena de mujeres que están esperando en la sala contigua estallan de pronto en grandes carcajadas. Cualquiera sabe ahora por qué se ríen. El Portero asoma la cabeza por la puerta y les ordena que se callen.

—Lo que no entiendo —continúa el Juez,

cambiando inesperadamente de tema— es por qué razón su madre y sus amigas permitían que usted les cantase villancicos en pleno agosto.

—La razón no puede ser más sencilla —le explica Brígida—. En aquellos tiempos yo sólo sabía cantar villancicos.

Y luego, a pesar de su propósito de no hablar más de la cuenta, añade que, aparte de todo, los cantaba con bastante gracia y que es preferible cantar villancicos en agosto y hacerlo bien que cantarlos mal en Navidad.

El Juez afirma con un imperceptible movimiento de cabeza. También él piensa del mismo modo y, aunque no venga a cuento, recuerda un refrán que solía decir una tía suya: Muchos son los que cantan, pero pocos los que cantando, encantan.

—Muy bien —dice luego, recapitulando—, me ha dicho usted que cuando era una niña cantaba villancicos y ha precisado que en aquella época no sabía cantar otra cosa. Eso significa que con el tiempo fue ampliando su repertorio.

—Así es —dice Brígida.

—Esta madrugada nuestro servicio de vigilancia la encontró acurrucada en los sótanos de este Teatro, que, como sabe, es uno de los más prestigiosos coliseos líricos del mundo. Dígame, ¿tiene que ver una cosa con otra?

—Pues sí —reconoce Brígida—. No es una ca-

sualidad que me hayan encontrado precisamente en los sótanos de este Teatro. Tiene usted que saber que soy cantante.

Y al hacer esa confesión levanta ligeramente la barbilla y lanza una orgullosa mirada circular.

—Lo suponía —dice el Juez, dándose un par de golpecitos en la nariz con el índice de la mano derecha—. Usted es cantante. No podía ser otra cosa.

Entrelaza las dos manos y las dobla hasta que le crujen los huesos.

—A partir de este momento —advierte a Brígida— se inicia el verdadero interrogatorio. No vamos ya a permitirnos el lujo de más divagaciones. Hábleme ahora de su carrera y de su afición al canto en general. Y cuidado con lo que responde, porque luego ya no va a tener oportunidad de rectificar.

Una ligera brisa, llegada de no se sabe dónde, empieza a ondular ligeramente los tapices violeta que cuelgan de los muros. Eso significa que en estos vastos subterráneos hay algunas ventanas o puertas abiertas y que entre ellas se establece una corriente de aire.

—Adelante, empiece de una vez —dice el Juez—. Dígame cuándo empezó a cantar.

Brígida prefiere empezar a contar las cosas desde el principio.

—Todo empezó —dice— cuando una de las amigas de mi madre la convenció para que me en-

viase a estudiar canto al Conservatorio de Música de H. Estudié allí durante diez años, que fueron los más felices de mi vida. Acabé mi carrera con las mejores notas y luego me pasé otros tres años esperando mi oportunidad.

El Juez hace algunas anotaciones en los papeles que tiene encima de la mesa y en ese preciso instante advertimos que es zurdo, es decir, que escribe con la mano izquierda. Brígida, que también lo ha descubierto, no puede evitar un ligero estremecimiento.

¿Es admisible, se pregunta, mientras la misteriosa brisa sigue ondulando los tapices de los muros, que los jueces sean zurdos, cuando la inmensa mayoría de las personas que esos mismos jueces juzgan son diestras? ¿Pueden ver las cosas del mismo modo los zurdos y los diestros?

—Diez años estudiando canto en el Conservatorio de Música de H. y otros tres esperando su oportunidad —dice mientras tanto el Juez, consultando una cuartilla— son, en total, trece años. O, lo que es igual, cuatro mil setecientos cuarenta y cinco días.

Se ha tomado la molestia de multiplicar trece años por trescientos sesenta y cinco días, pero no ha tenido en cuenta los años bisiestos. A pesar de ese desliz, nadie puede dudar de que es un hombre concienzudo y que está dispuesto a conducir este interrogatorio con el mayor rigor. Brígida le-

vanta el brazo derecho y solicita permiso para hacer una observación.

—Yo soy una mujer diestra —dice luego— y, como es bien sabido, mi destreza es consecuencia de mi zurdez cerebral.

—Eso es lo que dicen —admite el Juez.

—Usted, sin embargo, utiliza su hemisferio cerebral derecho y por eso es zurdo.

—También eso es cierto —susurra el Juez.

—¿Y se considera usted capaz de juzgar correctamente a los que, como yo, utilizamos el hemisferio cerebral izquierdo? ¿Está usted en condiciones de entender a los que no somos zurdos?

El Juez no puede por menos de sonreír y mientras lo hace parece como si su cabeza de pera invertida se le ensanchase todavía un poco más por la parte de arriba. Es obvio que en este interrogatorio él es el único que tiene derecho a preguntar, pero se considera un hombre moderno —demócrata dentro de lo que cabe— y no tiene inconveniente en responder a las preguntas que de vez en cuando le formulan los interrogados.

—Se lo dije antes, no soy yo quien debe juzgarla —puntualiza—. Yo me limito a interrogarla. Ésa es mi misión. A mí me parece, de todas formas, que el hecho de que un juez sea diestro o zurdo no tiene importancia a la hora de pronun-

ciar sentencia. Se conocen buenos jueces zurdos y buenos jueces diestros.

Y para ilustrar un poco más la respuesta añade que los niños nacen sin ninguna tendencia genética a favor de una o de otra mano, y que la destreza del niño no es más que el resultado de la educación de los padres.

—Platón lo dijo mucho mejor —añade luego—. Favorecer una mano sobre otra no reviste importancia si se trata, por ejemplo, de tocar la lira, que puede ser sostenida por una mano y tañida por la otra. Cuando se trata de luchar, sin embargo, Platón consideraba que era fundamental que el hombre aprendiese a servirse de las dos manos.

El Juez quiere demostrar a Brígida que es un hombre leído y que el hecho de vivir encerrado lejos del sol no le ha quitado el gusto por aprender. La Schwarzeinstein, sin embargo, no está de acuerdo. En su opinión, Platón estaba completamente equivocado y está dispuesta a demostrarlo, por mucho Platón que sea.

—Yo creo —dice— que la inmensa mayoría de la gente hereda una tendencia a utilizar la mano derecha y que eso sucede así en todas las sociedades, desde que comenzó la historia.

El Juez se saca del bolsillo cerillero de la chaqueta un enorme reloj de plata y lo deja sobre los papeles. Es una forma de decir a Brígida que no

disponen de todo el tiempo del mundo para perderse en largas disquisiciones sobre temas ajenos al objetivo principal del interrogatorio.

—Por eso la palabra izquierda posee un sentido desfavorable —añade la mujer.

—Ja, ja —se ríe el Juez, sin recordar que hace un momento dijo que ya no iba a permitir más divagaciones.

Le divierte que Brígida se haya atrevido a contradecir a Platón, pero su risita no ha resultado demasiado convincente.

Tal vez no sea tan maravilloso como supongo, piensa luego, echando un rápido vistazo al reloj de plata. Puede que el hecho de ser zurdo me incapacite para interrogar a los diestros.

—Los zurdos —observa Brígida— están constantemente irritados por miles de pequeñas cosas que deben hacer cada día. Les fastidia la parcialidad del mundo hacia la derecha.

El Juez no quiere continuar hablando de izquierdas y de derechas. Lo único que le interesa es saber qué hizo Brígida al abandonar las aulas del Conservatorio de H., es decir, saber qué es lo que hizo durante los tres años que estuvo esperando su oportunidad.

—Nos mudamos de casa —le explica Brígida— y nos fuimos a vivir delante de esta Ópera, justo al otro lado de la calle, a menos de quince metros de la entrada principal.

Cuando acaba de hablar se queda en silencio y sus párpados descienden lentamente.

—Desde una de las ventanas de nuestra nueva casa —recuerda, evocando con los ojos cerrados días que ya no volverán— mi madre y yo podíamos ver a la gente entrando y saliendo del Teatro. Sobre todo, podíamos ver cómo entraban y salían los artistas.

—Alto —le interrumpe el Juez—. La puerta por la que entran los artistas en este Teatro está en un callejón lateral. ¿Podían dominar también esa puerta desde su ventana?

—Perfectamente —responde Brígida—. Por aquella pequeña puerta vimos entrar en este Teatro a todas las grandes divas mundiales envueltas en sus pieles.

—¿Y eso le servía de consuelo?

—En efecto. Tengo que reconocer que durante algún tiempo aquello me sirvió de consuelo.

—No hay peor doliente que el que consuelo no siente —murmura el Juez, acariciando con el índice la plata cincelada del reloj.

Brígida admite que empezó a impacientarse al cabo de tres años.

—No desesperes, hija, me dijo un día mi madre, no desesperes porque la esperanza es como el sol, que arroja todas las sombras detrás de nosotros.

—Hermosa reflexión —opina el Juez, seducido por la metáfora.

—Estoy segura de que no era de mi madre. Le pregunté de dónde había sacado aquellas palabras tan bellas y me dijo que se le acababan de ocurrir en aquel momento. Nunca he podido soportar a los mentirosos, es algo superior a mis fuerzas. Me producen literalmente urticaria. Le dije a mi madre que mentía como una bellaca (no lo pude remediar, si no se lo suelto, reviento) y entonces la pobre mujer, picada en su amor propio, me llamó mala hija (fue la primera vez en su vida que me insultaba de ese modo) y amenazó con tirarse por la ventana.

—Me parece ridículo, tengo que confesárselo, que una madre y una hija, carne de la misma carne, discutan por semejante tontería —opina el Juez.

—Debe usted tener presente que en aquella época yo estaba siempre de muy mal humor y a punto de estallar por la más mínima —se justifica Brígida—. Tres años en situación de paro forzoso no son grano de anís, se lo aseguro. No es pues de extrañar que explotase por el menor motivo y que incluso a mi madre, que también estaba muy nerviosa, le pasase tres cuartos de lo mismo.

—¿Usted cree que su señora madre hubiese tenido valor suficiente para tirarse por la ventana?

—En aquella ocasión, por lo menos, parecía decidida. Se subió incluso al alféizar de la ventana. Recuerdo que aquella noche estrenaban *Carmen* en este Teatro.

Brígida, obviamente, se refiere a la famosa ópera de la gitana. Recuerda también que mientras su madre estaba gritando en la ventana, otras damas –aunque éstas de alta alcurnia– descendían de sus carruajes y entraban en el vestíbulo del gran Teatro con una sonrisa ligeramente displicente en los labios.

–¡Hay que ver cuántas cosas distintas puede hacer la gente al mismo tiempo! –se lamenta.

El Juez sacude varias veces la cabeza. Dice que es cierto, que mientras unos ríen, los otros lloran y que así ha sido en el pasado y así continuará siendo en el futuro.

–Por lo visto –añade–, a su señora madre no le importaba un pimiento convertirse en tortilla delante de las damas y caballeros que en aquellos momentos entraban en el Teatro.

–No, no creo que en aquellos momentos le importase mucho –dice Brígida.

Se queda un rato en silencio y luego recuerda que, sólo después de infinidad de súplicas, consiguió que su madre bajase de la ventana.

–De repente –continúa recordando– se puso de buen humor y descorchó una botella de champán. Nos la bebimos mano a mano en menos de

lo que canta un gallo y la pobre mujer agarró una cogorza de padre y muy señor mío.

—Dice que su madre agarró una cogorza, pero ¿y usted?, ¿qué pasó con usted? ¿Es usted de esas mujeres que beben impunemente?

—No sé cuál puede ser la razón —dice Brígida, con cierta modestia—, pero yo he soportado siempre muy bien el alcohol, incluso el de dudosa calidad. Ni siquiera el ron de garrafa puede conmigo. La única que se puso como una cuba, podría jurárselo sobre la Biblia, fue mi madre. Cuando ya no quedaba más champán en la botella se asomó a la ventana, estudió el terreno, hizo sus cálculos y me dijo que lo único que necesitábamos era una buena ballesta.

—¿Para qué quería una ballesta? ¿Con qué propósito?

—A la pobre mujer —explica Brígida, bajando la mirada al suelo— se le ocurrió que podíamos liquidar de un flechazo a la mezzosoprano búlgara que interpretaba el papel de Carmen justo en el preciso instante en que la viésemos entrar en el Teatro. Esa guarra tiene que entrar por esa puerta, me dijo, señalándome la entrada de los artistas.

El Juez levanta las cejas —sobre todo la derecha— y se pasa la mano por su cabeza de pera. Parece desagradablemente sorprendido por las últimas palabras de la cantante.

—¿Se atrevió su señora madre a llamar guarra a toda una mezzosoprano búlgara?

—Tenga usted en cuenta las tonterías que se dicen cuando una está borracha —responde Brígida—. En fin, lo que pretendía la pobre mujer era pegarle un flechazo a la búlgara, presentarse luego en este Teatro y ofrecerme a la Dirección como sustituta de la mezzosoprano herida.

—Me parece una idea demencial —opina el Juez—. Me parece un método no sólo de lo más aleatorio, sino incluso bastante rudimentario.

—Eso es precisamente lo que yo le dije —recuerda Brígida—. Pero ella me contestó que no era tan difícil como parecía a primera vista y que, por lo menos, podíamos intentarlo. Cada tarde aquella mujer, acompañada de Micaela, quiero decir de la cantante que interpreta ese papel, llegaba al Teatro una hora antes de que empezase la función. Ni siquiera es necesario que la herida sea mortal, me dijo mi madre otro día, madurando su proyecto. Habrá suficiente con pegarle un buen flechazo en el trasero.

—Alto ahí —protesta el Juez—. Es la segunda vez que habla usted de flechazos. Procure no incurrir en gazapos de ese tipo. Sepa usted que las ballestas no disparan flechas, sino saetas. La diferencia entre flechas y saetas es tal vez tan notoria como la que existe entre las sopranos y las contraltos.

Se queda callado un momento, escrutando con la mirada el rostro de Brígida, y encoge por fin el dedo con el que la estuvo apuntando durante estos últimos instantes.

—Lo que su señora madre pretendía, por lo tanto —dice— era acertar con un buen saetazo en el trasero de la mezzosoprano búlgara.

—Pues eso —admite la Schwarzeinstein, encojiéndose ligeramente de hombros—. Un buen saetazo, como usted dice.

Una vez más queda demostrado que nunca se sabe dónde puede saltarnos la liebre. Ahora resulta que el Juez es un experto en armas medievales. Se queda un momento callado y luego —olvidándose una vez más de la necesidad de llevar adelante el interrogatorio sin dar rodeos innecesarios— explica a Brígida —lo hace, sin embargo, sin excesiva pedantería, con cierto aire paternal— que las saetas son mucho más cortas que las flechas y que durante muchos años, hasta que se inventaron las armas de fuego, la ballesta fue el arma que más se utilizó en situaciones defensivas.

—Fue un deportista victoriano cuyo nombre no recuerdo en estos momentos —precisa, mientras a la Schwarzeinstein se le escapa una lágrima

pensando en su madre— quien escribió el primer tratado clásico sobre la ballesta y puso a prueba un enorme arco de guerra con una tracción de quinientos kilos.

Tal vez su idea no era tan descabellada como parecía a primera vista, piensa Brígida, mientras la lágrima desciende hacia la comisura de sus labios.

—Bueno, ahora no recuerdo si era de quinientos o de seiscientos kilos —duda el Juez.

Brígida se encoge de hombros.

—¿Sabe usted a qué distancia arrojó aquel arco una saeta que pesaba ochenta y cinco gramos?

—No tengo ni la más remota idea —dice Brígida, sorbiéndose una lágrima con la punta de la lengua.

—A cuatrocientos veinte metros. Ni uno más, ni uno menos. Cuatrocientos veinte metros. De eso sí que estoy seguro. Le faltaron sólo ochenta para llegar al medio kilómetro.

—Pues no había tanta distancia desde nuestra ventana al trasero de la búlgara —suspira Brígida—. Ni mucho menos.

—Adelante —le pide el Juez, dando un golpecito sobre la esfera del grueso reloj de plata.

—Pues eso —responde la mujer—. Al cabo de tres o cuatro días mi madre compró una ballesta construida a base de fibra de vidrio, pero la po-

bre ni siquiera pudo estrenarla. Se fue al otro barrio antes de disparar la primera saeta.

El Juez quiere saber de qué enfermedad murió su madre.

—De estreñimiento —confiesa Brígida, con un hilo de voz.

—El estreñimiento, señorita Von Schwarzeinstein, no es una enfermedad, sino sólo un síntoma —observa el Juez, molesto porque piensa que la cantante quiere tomarle el pelo.

—Pues entonces no sé de qué murió —dice Brígida.

—En ese caso, consignemos aquí que murió como consecuencia de su última enfermedad —decide el Juez, dibujando una cruz en una de las cuartillas que tiene encima de la mesa—. Recuerdo que mi madre decía que la gente siempre se muere del último mal.

Brígida afirma entornando los párpados y vuelve la mirada hacia el Portero, que acaba de soltar otro de sus bostezos.

—Fuese cual fuese la causa de su fallecimiento —dice luego—, lo cierto es que después de su muerte se acabaron las reuniones de los jueves y que no tuve ya a nadie que me hiciese compañía y me consolase mientras estaba asomada a la ventana, viendo cómo la gente entraba y salía del Teatro.

—¿Qué pasó, pues, con las amigas gordas de su

madre? ¿No siguieron visitándola, aunque fuese de vez en cuando?

—Nunca más volví a verles el pelo —susurra Brígida, con un ligero estremecimiento en la voz.

—Así es la vida —suspira el Juez—. Se acabaron los pasteles, se acabaron las visitas.

—Más o menos. Mi madre lo decía de otro modo: Muerto el perro, muerta la rabia.

El Juez traza otra cruz en la cuartilla, un poco más grande que la que dibujó antes.

—Hábleme ahora de su soledad en aquella ventana.

Brígida von Schwarzeinstein sonríe tristemente, como dando a entender que es una experta en soledades.

—Tras aquella Carmen búlgara —recuerda— hubo cuatro Madame Butterfly, tres Mimis, dos Salomés, tres Cleopatras y dos Margaritas.

—¿A qué Margarita se refiere? —pregunta el Juez.

Se trata de otra de sus trampas. Sabe perfectamente que Brígida se ha referido a la Margarita del *Fausto* de Gounod, aquella perversa criatura con cuerpo de niña y rostro de ángel, pero prefiere hacerse el tonto.

—Me refiero a la Margarita de Gounod —le confirma Brígida—. No hay otra.

—Lo suponía —dice ahora el Juez, echándose hacia atrás y estirando las piernas por debajo de

la mesa-. Sólo podía tratarse de aquella pícara corruptora de mayores.

Las mujeres que están en la sala vecina discuten ahora a grito limpio. Puede que acaben tirándose de los pelos. El Portero golpea la puerta con la palma de la mano y las mujeres se callan.

-A todas las divas que interpretaron todos esos papeles -continúa recordando Brígida, sin entrar a discutir con el Juez si Margarita fue o no fue una corruptora de mayores- las vi entrar muchas veces por la puerta de artistas del callejón.

-¿Y no le pasó en algún momento por la cabeza utilizar la ballesta que, seguramente, su señora madre le había dejado en herencia?

-Jamás -responde Brígida, con expresión muy digna-. Lo que sí hice una noche que había bebido un poco fue asomarme a la ventana y llamar mala puta a una soprano francesa que iba a cantar precisamente la Margarita de *Fausto*. Fue, lo recuerdo muy bien, la noche del estreno. Sólo me oyó el vecino del piso de arriba, que también estaba asomado a la ventana. «¡Muy bien, muy bien!», me animó el pobre hombre, que tiene fama de anarquista en todo el barrio. «¡Hace muy

bien llamando hijos de puta a esos cerdos capitalistas!»

—¿Ha dicho usted que su vecino era un pobre hombre? ¿Piensa que a un anarquista se le puede compadecer? ¿Va a decirme usted que está afiliada a algún partido político de izquierdas?

—Otra noche —recuerda Brígida, ignorando la pregunta del Juez— asomé medio cuerpo por la ventana y me puse a cantar a pleno pulmón la seguidilla de *Carmen*.

—¿Lo hizo para demostrar a la gente que en aquellos momentos estaba entrando en el Teatro que era tan buena como la mezzosoprano que iban a escuchar? ¿Lo hizo, tal vez, porque aquella noche se sentía usted un poco gitana?

—Quise que aquella gente supiese que sólo a dos pasos de la Ópera, en una oscura buhardilla, vivía una perla ignorada.

—Me imagino que no le resultaría nada fácil cantar en aquella postura.

—Supone usted bien, no me resultó nada fácil.

—¿Y dice usted que cantó la seguidilla de *Carmen*? ¿Estaría dispuesta a cantármela ahora mismo?

Brígida no se lo piensa dos veces y afirma con un movimiento de cabeza. Se pone en pie, se lleva las manos a la cintura y se aclara la voz. Clava una mirada ardiente en el Juez y se imagina que es Don José. A falta de pan, buenas son tortas,

piensa. Se queda un momento reuniendo fuerzas y por fin, tras un lascivo contoneo de las caderas, empieza a cantar aquello de

*Prés des remparts de Séville,
chez mon amie Lillas Pastia
j'irai danser la séguedille
et boire du manzanilla.*

Apenas salta la primera nota el Juez cierra los ojos y se tapa los oídos con las manos.

–Basta, basta –gime, exagerando un poco el tono.

Es evidente que no está de acuerdo con la interpretación que Brígida ha hecho de la popular seguidilla. Más aún: no le ha gustado ni un pelo.

–Siento mucho decírselo, señorita –opina–, pero usted no tiene voz y la poca que tiene no suena demasiado bien.

–Lo más probable es que usted no entienda mucho de voces –le recuerda la Schwarzeinstein, picada en su amor propio–. Fue usted mismo quien lo dijo apenas me senté en este banco.

El Juez sonríe y confiesa que aquélla fue otra de sus trampas. En realidad, se considera un experto en voces y un gran entendido en ópera.

–Le recuerdo una vez más –dice– que nos encontramos seis pisos por debajo de uno de los escenarios líricos más prestigiosos del mundo, y que hace más de quince años que estoy aquí, juz-

gando a las sopranos que, como usted, entraron en este Teatro llenas de ilusiones, pero que luego no supieron encontrar el camino que conduce al escenario y acabaron perdiéndose del modo más estúpido.

Apenas acaba de decir todo eso se escuchan a lo lejos los primeros compases del *Réquiem* de Berlioz. Es un inesperado golpe de efecto del que nadie se declara responsable. Luego la música se esfuma de pronto y regresa el silencio de siempre. El Juez decide volver a guardarse en el bolsillo el reloj de plata que antes puso encima de la mesa, como si de pronto el tiempo hubiese dejado de importarle.

—No quisiera que se sintiese usted ofendida por mis palabras —dice—, pero me parece que quince años juzgando sopranos descarriadas me han convertido en un experto en voces.

—¿Cree de verdad que no tengo voz? —le pregunta Brígida—. ¿Pretende usted desmoralizarme? ¿Lo ha dicho sólo por fastidiarme?

—En primer lugar —le contesta el Juez— le diré que no siento una especial predilección por esa ópera de Bizet. Sobre todo, no me gusta su libreto.

Brígida von Schwarzeinstein no se atreve a preguntarle la razón, pero es el propio Juez quien se lo explica.

—No estoy de acuerdo —dice— con las mujeres

que, como Carmen, practican con asiduidad la seducción y empujan a los hombres a cometer los peores delitos. Más aún: las detesto profundamente.

—Me parece que es usted un hombre bastante anticuado —observa Brígida—. Tiene usted que saber que Carmen fue la primera feminista de la historia.

—Carmen fue sólo una gitana sin escrúpulos —replica el Juez, mientras los tapices de los muros vuelven a ondularse.

—Eso lo dirá usted —replica la Schwarzeinstein.

—Lo malo —prosigue el Juez— es que tengo también algunas razones técnicas que explican por qué no me ha gustado su interpretación.

—Adelante, adelante, no se corte, dígame cuáles son esas razones técnicas —le desafía Brígida.

—Resulta difícil definir la tesitura vocal de Carmen —explica el Juez, mientras el Portero suelta otro de sus bostezos—. El papel se confía casi siempre a una mezzosoprano, pero la voz de Carmen exige una sensualidad de timbre, una frescura vocal y una flexibilidad de la que usted, señora mía, carece por completo.

—Eso es lo que usted piensa —dice Brígida—. Mis profesores del Conservatorio no pensaban lo mismo.

—Aparte de todo —añade el Juez, tras tomarse

un respiro-, resulta grotesco oír cantar una seguidilla a una mujer vestida de walkiria. ¿Se ha visto usted en un espejo, señora? ¿Es usted consciente de la cornamenta que lleva sobre su cabeza?

Brígida von Schwarzeinstein suspira. Reconoce que, puestos a hacer una demostración delante del Juez, hubiera debido elegir otra cosa más acorde con su vestimenta.

-Si le parece -dice-, puedo cantarle ahora la tercera escena de *El crepúsculo de los dioses*. A lo mejor cambia de opinión.

-Adelante -le anima el Juez-. Pruebe usted con eso. Pero luego no se incomode si le digo que su voz y su técnica siguen sin convencerme.

Brígida, que permanece todavía de pie, respira a fondo y sus dos inmensos senos se hinchan como globos. Es una de esas mujeres que engañan al más pintado. La verdad es que ha sido necesario que respirase de ese modo para que por fin pudiésemos advertir su gran capacidad torácica. Antes de que suelte la primera nota el Portero se tapa los oídos con las manos. Lo ha hecho ostensiblemente, es decir, sin el menor disimulo, como tratando de demostrar a todo el mundo que no está dispuesto a soportar los gallos que, en estos casos -atenazadas tal vez por los nervios- sueltan todas las cantantes extraviadas que luego son interrogadas en esta sala.

—Vamos, vamos, no se demore —la apremia el Juez, impacientándose—. Empiece de una vez.

Brígida cierra los ojos y se traslada con la imaginación a la roca de las walkirias. Se ve a sí misma sentada a la entrada del aposento de piedra, contemplando en silencio el sagrado anillo de Sigfrido. Emocionada por los recuerdos, besa apasionadamente el aro de latón con un cristalito verde que se compró hace un par de semanas en el mercadillo. Estalla a lo lejos un trueno. Eso es, por lo menos, lo que ella cree oír. Se levanta de la roca como movida por un resorte y escucha. Un relámpago centelleante ilumina el horizonte. Por el norte se acerca un nubarrón de aspecto siniestro y por fin Brígida empieza a cantar:

Un fragor de otrora habitual
llega a mis oídos desde la lejanía.
Un corcel volador corre
hacia aquí al galope;
sobre las nubes viaja
relampagueante hacia la roca.
¿Quién dio conmigo, la solitaria?

El Juez chasquea la lengua contra el paladar. Otra vez vuelve a sentirse decepcionado. Nunca ha sido partidario de que las óperas se canten en otro idioma que no sea el original, es decir, aquel en el que fueron escritas. Contra la opinión de muchos, él ha pensado siempre que es un incon-

veniente que los hombres puedan servirse de idiomas distintos para decir una misma cosa. No considera, pues, que el hecho de que en un mismo país se hablen distintos idiomas pueda considerarse una especie de bendición divina, tal como intentan hacernos creer algunos filólogos bienintencionados. Piensa, por el contrario, que esa circunstancia puede constituir un serio obstáculo para que reine la concordia y el entendimiento entre todos los ciudadanos. Para justificar sus ideas –que algunos califican de reaccionarias– recurre siempre a aquel pasaje del Génesis que se refiere a la construcción de la famosa torre de Babel. Aquello acabó como el rosario de la aurora, recuerda de vez en cuando a los amigos filólogos que quieren escucharle. Los hombres olvidaron la lengua común que todos entendían, y cada pueblo habló luego la suya. La confusión fue general y aquella torre que debía llegar al cielo jamás acabó de construirse.

–Si lo prefiere –aventura Brígida, que ha adivinado lo que está pensando el Juez–, puedo cantar lo mismo en alemán.

–Eso me parecería mucho más acertado –dice el Juez.

Brígida von Schwarzeinstein vuelve a aclararse la garganta y a llenar los pulmones de aire, con lo que se pone nuevamente de manifiesto el considerable volumen de sus senos. Luego, sin

más preparativos, ataca el mismo pasaje que cantó hace un momento y esta vez el Portero se tapa las orejas con las dos manos.

*Altegewohntes Geräusch
raunt meinem Ohr die Ferne
Ein Lufttross jagt
im Laufe daher;
auf der Wolke fährt es
wetternd zum Fels
Wer fand mich einsam auf?*

Los tapices violeta de los muros siguen agi-tándose levemente. Habría también que investigar de dónde viene esa corriente de aire, piensa el Juez, mientras la soprano recupera el resuello. Brígida no se atreve ahora a mirar al Juez a los ojos y mantiene la mirada en el suelo.

—Creo que esta vez me ha salido un poco mejor —dice, dándose ánimos.

El Juez chasquea la lengua contra el paladar, pero no suelta prenda. A juzgar por la expresión de su rostro, nadie podría descubrir ahora qué piensa de la voz y de la técnica de la Schwarzeinstein. Las mujeres que están encerradas en la sala contigua, sin embargo, acaban dedicando a Brígida una cerrada salva de aplausos. No han sido, de todos modos, aplausos espontáneos, se lo pensaron demasiado antes de empezar a aplaudir y todo hace suponer que no se decidie-

ron a hacerlo hasta no haberse puesto previamente de acuerdo.

—Reconozco que no lo hace mal del todo —admite por fin el Juez, cuando las mujeres acaban de aplaudir—. Puesto a hacerle alguna objeción, le diría únicamente que el tono de su voz resulta demasiado oscuro y profundo, incluso para la Brunilda de *El crepúsculo de los dioses*.

Brígida no acaba de comprender lo que acaba de decirle el Juez y levanta las cejas.

—Es evidente —le explica el Juez— que usted no podría interpretar ya el papel de la Brunilda juvenil de *La Walkiria*.

Brígida continúa con las cejas levantadas y la boca ligeramente abierta.

—Lo que quiero decirle —le aclara el Juez— es que su voz no se corresponde con la de una *Jung-dramatish*. Para usted pasaron ya los tiempos de los entusiasmos juveniles. Su voz carece del suficiente empuje y frescura.

—¿Es ésa una forma de llamarme vieja? —pregunta por fin Brígida—. ¿Cree usted que una mujer debe renunciar a todos sus sueños cuando ha cumplido ya los treinta años?

—No me venga ahora con cuentos chinos —replica el Juez, poniendo otra vez el enorme reloj de plata encima de la mesa—. Hace ya bastantes años que usted dejó los treinta a sus espaldas.

No ha puesto demasiada acritud al hacer esa

observación. Poco más o menos, ha empleado el mismo tono paternal que utilizó hace un rato, cuando la corrigió a propósito de las flechas y las ballestas.

–Usted, señorita, debe de estar ya a punto de cumplir los cuarenta. Dígame, ¿cuántos años tenía usted cuando falleció su señor padre?

–Siete –responde la mujer–. Ya se lo dije antes. Murió cinco días antes de que yo cumpliera los siete.

–Siete, en efecto, ahora lo recuerdo. Y su madre falleció treinta años más tarde. Fue también usted quien me lo dijo. Cuando murió su madre, por lo tanto, usted había cumplido los treinta y siete. ¿Y cuántos años han pasado desde entonces? ¿Cuántos años ha estado usted asomándose sola a la ventana, viendo entrar y salir a la gente del Teatro? ¿Tres? Pues entonces saque usted misma las cuentas.

Hay algunas cosas, sin embargo, que no acababan de encajar. La misma Brígida admitió antes la posibilidad de que su padre se muriese de pena al comprobar día tras día cómo su mujer se iba engordando sin remedio. Preciso incluso que cuando falleció su progenitor, su madre había llegado a los noventa y siete kilos.

¿Cómo es posible, se pregunta ahora el Juez, que una niña que sólo tenía siete añitos cuando falleció su padre, recuerde con tanta precisión ese detalle?

Prefiere no hacerse más preguntas. Tal vez sea mejor no aclarar excesivamente las cosas, si no queremos encontrarnos luego con terribles verdades.

Tal vez, se dice también, mientras los tapices violeta continúan ondulándose, sea preferible no investigar de dónde viene esa corriente de aire.

—¿Usted cree que una mujer a los cuarenta puede considerarse acabada? —le pregunta de pronto Brígida, dándole a entender que no se ha equivocado mucho en sus cálculos.

—Los cuarenta años —responde el Juez— son una edad magnífica para estar instalada en la cumbre de la gloria, pero no para estar asomada a una ventana, esperando una oportunidad.

Cuando acaba de pronunciar esas bellas palabras señala con el índice la puerta de la sala contigua y dice que ninguna de las mujeres que están esperando turno para ser juzgadas ha cumplido los veinticinco.

—Usted, señora mía, podría ser la madre de todas ellas —masculla, como si Brígida fuese la culpable de haber cumplido tantos años.

Lo que quiere decir, obviamente, no es que

Brígida pueda ser la madre única de todas y cada una de esas mujeres, sino que podría ser incluso la madre de la más veterana.

—En fin, dejémonos de edades —suspira el Juez—. Cuénteme ya, sin más demoras, qué es lo que hacía usted deambulando por los sótanos de este Teatro disfrazada de Brunilda.

Regresan con cierta cautela las notas del *Réquiem*, que se habían extinguido hace un par de minutos. Nadie, ni siquiera el Juez, conoce la identidad del misterioso personaje responsable de poner música a esta entrevista.

—Hace cosa de un año —recuerda la Schwarzeinstein— me avisaron del Teatro para hacerme una prueba. Hacía ya tiempo que les había enviado mi currículum. Superé todos los exámenes que me hicieron (creo que todos los miembros del Tribunal se quedaron encantados no sólo de mi voz, sino también de mi simpatía y donaire) y me prometieron que me llamarían a la primera oportunidad que se les presentase. Ninguno de aquellos caballeros, por cierto, dijo que el timbre de mi voz fuese demasiado oscuro y profundo.

—Cada cual tiene su opinión. Límitese a con-

tarme los hechos paso a paso. No se me pierda con comentarios innecesarios.

—Hace quince días se puso enferma la soprano que tenía que cantar *El crepúsculo de los dioses*.

—Eso fue exactamente hace dieciséis días —la corrige el Juez—. Vivo sepultado en estas profundidades, pero no he perdido todos los contactos con la superficie.

—Recibí un telegrama del Teatro. Me convocaban para la prueba definitiva. El papel de Brunilda podía ser mío si superaba a las demás candidatas. Las superé a todas, empezaron los ensayos y todo fue como la seda. Todo el mundo estaba convencido de mi éxito.

—¿Y no pensó entonces en su madre? ¿Olvidó todo lo que aquella pobre mujer había hecho para convertirla en una diva? ¿No se le escapó alguna lágrima recordando el loco proyecto de su progenitora con la ballesta?

—Pensé en mi madre, es cierto, pero no por el asunto de la ballesta. Si pensé en esa santa mujer fue sólo para lamentar amargamente que no estuviese a mi lado.

—Menos mal —suspira el Juez—. Me fastidian sobremanera los hijos desagradecidos.

—Ayer llegó por fin la noche del estreno y me puse loca de los nervios. Me encerré en el camerino cuando todavía faltaban tres horas para que empezase la función y, media hora antes de

que se levantase el telón, le pedí a la camarera que me dejase sola. «Señorita, no se me vaya usted a desmayar», me dijo la camarera. «Se le ha puesto la cara tan blanca como el papel.» Pero yo le dije que no se preocupase, que ya se me pasaría. Cuando me quedé sola me tumbé en el canapé y durante media hora estuve pensando en mi madre y escuchando el zumbido de las lámparas.

—¿De qué lámparas?

—De las lámparas de gas del camerino, obviamente.

—Imposible. Hace muchos años que sustituimos en todo el Teatro el gas por la electricidad. Ya no queda ni una sola lámpara de gas.

—De lo que estoy segura es de que se oía un pitido —dice Brígida.

—Procure hablar con más precisión —le pide el Juez—. ¿Era un zumbido o un pitido?

—Un zumbido —responde Brígida.

—Lo más probable es que le zumbasen los oídos —dice el Juez, sacando sus propias conclusiones—. Sucede algunas veces. ¿Es usted una de esas personas que se automedican y que compran píldoras sin receta?

—Jamás —responde Brígida—. Y mi tensión arterial, por otra parte, siempre ha sido normal.

—En ese caso lo más probable es que se le hubiese metido un insecto en el canal del oído externo. Así son las cosas, señora mía: algunas veces

creemos oír misteriosos zumbidos, pensamos incluso que pueden ser voces que nos llegan desde el Más Allá, y la culpa la tiene un miserable mosquito.

–Lo cierto –prosigue la Schwarzeinstein– es que a las nueve menos cinco minutos me llamaron para que fuese al escenario. Entonces empezaron todas mis desgracias.

–Explíquese con detalle, aunque imagino lo que va a decirme –dice el Juez.

–Salí del camerino y en lugar de coger el pasillo que tenía a mano izquierda, que era el que me hubiese llevado directamente al escenario, me equivoqué y me metí por el pasillo que tenía a mano derecha. La culpa, seguramente, la tuvieron los nervios.

–¿Recuerda usted si al salir del camerino seguía zumbándole el oído?

–No lo sé, ahora no me acuerdo. Compréndalo. En aquellos momentos me sentía demasiado nerviosa para pensar en semejantes tonterías.

–¿Cuándo se dio cuenta de que se había equivocado de dirección?

–Al cabo de un par de minutos. Quise rectificar y volver sobre mis pasos, pero lo único que conseguí fue alejarme cada vez más del escenario.

–Nuestro Teatro, ciertamente, es bastante intrincado. Me atrevería incluso a decir que es excesivamente intrincado. No ha sido usted la pri-

mera cantante que se pierde por los pasillos. Esas mujeres podrían haberse evitado el problema pidiendo auxilio a tiempo, pero les dio vergüenza. Luego, cuando lo pidieron, fue ya demasiado tarde.

El *Réquiem* sigue ascendiendo desde las entrañas de la tierra en apretadas espirales.

—Algunas de esas mujeres, por cierto, no volvieron a aparecer jamás —suspira el Juez, pasándose la mano por la frente—. Se perdieron para siempre.

—¿Quiere decir eso que puedo considerarme una cantante afortunada?

—Júzguelo usted misma —susurra el Juez.

Hace un par de minutos el Portero ha optado por sentarse en uno de los bancos del fondo. De vez en cuando continúa bostezando sin disimulo. Ese individuo ha sido testigo de demasiados interrogatorios y puede que sepa de antemano todas las preguntas que va a formular el Juez y todas las respuestas de los interrogados.

—Ha dicho —recuerda la Schwarzeinstein— que no soy la primera cantante que se equivocó de camino al salir de su camerino. Antes hubo otras que se perdieron para siempre. Muy bien, que las zurzan con hilo verde. Lo que quiero preguntarle ahora no tiene nada que ver con las reivindicaciones feministas, pero, dígame, ¿no se ha perdido también alguna vez algún barítono, o algún tenor? ¿Son siempre mujeres las que se pierden?

¿Siempre sopranos, mezzosopranos o contraltos?

—No pienso responder a ninguna de esas preguntas. Más todavía: no pienso volver a responderle nada de lo que usted me pregunte.

La actitud del Juez resulta en estos momentos un poco machista. Al acabar de hablar se atreve incluso a lanzar una mirada al Portero, que continúa sentado en el banco del fondo, y los dos hombres se guiñan recíprocamente el ojo.

—En fin —sigue contando Brígida—, le diré que media hora después de haber salido del camerino me sentía más perdida que nunca. No fue, por ejemplo, como cuando una se pierde en el bosque. Era otra forma de sentirse extraviada.

—¿Cuántas veces se ha perdido usted en un bosque? ¿Una? ¿Dos? ¿Cuatro? ¿Treinta y dos?

—Ninguna, pero puedo imaginármelo —responde la Schwarzeinstein.

—Los bosques son templos iniciáticos —susurra el Juez—. Son fuerzas ambivalentes que generan al mismo tiempo angustia y serenidad.

—Lo que quiero decirle es que me sentía desorientada no sólo por fuera sino también por dentro. Como si el corazón y los riñones y todo lo que tengo dentro estuviesen también perdidos y anduviesen por el interior de este cuerpo serrano buscando su sitio.

—¿Quién le ha dicho a usted que tiene el cuerpo serrano? —le pregunta el Juez.

—Más de cuatro —responde Brígida.

—En fin, cuénteme qué es lo que hizo a partir del momento en que se sintió perdida.

—Me detuve en el cruce de dos pasillos y solté uno de mis famosos agudos a ver si alguien me escuchaba. Me arriesgué incluso a que me oyesen desde el patio de butacas, que tal vez estaba mucho más cerca de lo que yo pensaba. Nadie respondió a mi llamada de auxilio. Entonces bajé por una escalera y llegué al primer sótano. Me metí por un pasillo y luego me senté en el primer peldaño de otra escalera de caracol que descendía al nivel inferior. ¿Sabe qué es lo que se me ocurrió entonces?

—Cualquiera sabe.

—Contuve la respiración y cerré los ojos, para ver si oía cantar a alguien.

—Hay algo aquí que tampoco encaja. El primer sótano de este Teatro está muy mal iluminado. Una bombilla de cincuenta vatios cada veinticinco metros. ¿Qué necesidad tenía usted de cerrar los ojos?

—Con los ojos cerrados se oye mejor —le explica Brígida—. Lo cierto es que no oí ni el vuelo de una mosca. A lo mejor han suspendido la función, me dije entonces.

—Seguramente en ese momento se sintió usted muy importante —dice el Juez.

—Le juro que hubiese preferido mil veces antes estar en el escenario —responde Brígida.

–Eso no responde a mi pregunta –observa el Juez–. Sea sincera y no trate de engañarme: ¿Se sintió usted importante pensando que habían suspendido la función?

–Pues sí –confiesa Brígida, con un hilo de voz–. En aquel momento me sentí importante, no puedo negárselo.

–Lo sabía –dice el Juez, cerrando los puños.

–Al fin y al cabo –dice Brígida, cerrando también los puños– era la primera vez en mi vida que alguien esperaba algo de mí. Por mi culpa, me dije, aunque aquí no se puede hablar de culpas, se ha suspendido la representación de *El crepúsculo de los dioses*. Yo no aparezco en el escenario, muy bien, pero entonces tampoco acuden las ondinas a la roca de las walkirias, ni se abren las puertas del maravilloso palacio de Gunther, levantado a orillas del Rhin... La verdad es que cosas así no pueden pensarse todos los días.

–¿Y no pensó usted en la decepción de los espectadores que habían pagado religiosamente su entrada? –le recrimina el Juez–. ¿No pensó ni por un momento en esa pobre gente?

–No –responde Brígida–. Ni por un momento, tal como dice usted.

Y el *Réquiem* de Berlioz, que había subido de tono mientras la Schwarzeinstein estuvo hablando de la roca de las walkirias y del palacio

de Gunther, se esfuma en un instante, como aspirado por las entrañas de la tierra.

—Continúe —dice el Juez.

—Pues eso —suspira Brígida—, estuve sentada en aquella escalera durante un buen rato, pero sin saber qué hacer.

—Media hora dando vueltas sin encontrar a nadie, ni siquiera un tramoyista. ¿No le pareció que aquello era demasiado extraño? ¿No pensó que aquel silencio no era de este mundo?

—Sí señor, lo pensé muchas veces —responde Brígida—. Pensé que estaba viviendo una pesadilla, ya se lo dije antes. Y eso es lo que continuo pensando.

—¡Vaya por Dios! —exclama el Juez, un poco picado en su amor propio—. ¿Me toma a mí por un personaje de pesadilla? ¿Piensa que soy irreal? ¿Por qué no sube hasta aquí y me pellizca? ¿Quiere que me suelte un pedo?

Las mujeres estallan en grandes risotadas, pero esta vez el Portero no les ordena que guarden silencio. Continúa sentado en la última fila, cruzado de brazos, pensando quizá que esta vez las mujeres tienen motivos para desternillarse de risa.

—¿Y si hubiese sido también irreal el zumbido de ayer noche, mientras estaba en el camerino? —exclama el Juez, levantándose y apuntando a la cantante con el índice—. ¿Y si sólo hubiese sido una pesadilla ver a su madre encaramada a la ventana y amenazando con tirarse a la calle? ¿Y si su primer amor hubiese sido también una ilusión?

—Nunca estuve enamorada —musita Brígida, bajando la mirada al suelo.

—¿Qué me dice usted? ¿Que nunca estuvo enamorada? ¿A sus cuarenta años?

El Juez se queda contemplando a Brígida con una mirada incrédula.

—¿Me está tomando el pelo? ¿Va a decirme usted que no sabe todavía lo que es un buen revolcón?

Se hace cada vez más evidente que el Juez siente de cuando en cuando la necesidad de mostrarse grosero y de servirse de un lenguaje barriobajero.

—Mi único amor ha sido siempre la ópera —susurra Brígida, sin levantar todavía la mirada del suelo—, pero ya ve usted para lo que me sirve.

—Dígame cuánto tiempo se pasó sentada en aquella escalera —le pide el Juez, sin insistir por el momento en el tema del enamoramiento.

—No sé, creo que estuve por lo menos media hora, pero no se lo puedo decir con exactitud

porque no tengo reloj y me hago un lío cuando tengo que calcular el tiempo a ojo. Lo que sí es cierto es que durante todo el tiempo que estuve allí me estuve haciendo otras preguntas: ¿Por qué no acude nadie a buscarme? ¿Por qué no encuentro a nadie? ¿Por qué no oigo cantar a mis compañeros? ¿Habrán suspendido realmente la función? ¿Y si en estos momentos estuviesen esperando la llegada de otra soprano?

—Un buen repertorio de preguntas —opina el Juez—. Ya sabe usted lo que dice aquel refrán: Quien pregunta lo que no debe, oye lo que no quiere.

—Le aseguro que no oí nada —se lamenta Brígida—. Ni bueno ni malo.

—¿Recuerda si en aquellos momentos le zumbaba todavía el oído?

Brígida levanta hacia el estrado una mirada confusa. Ahora no sabe si el Juez le habla en serio o si le está tomando el pelo.

—Mire usted, señorita, no quiero ser alarmista, pero ahora pienso que ese zumbido puede tener un significado más grave de lo que supuse en un principio. Hace un momento me dijo que empezó a sentirlo media hora antes de la hora fijada para que se levantase el telón, es decir, justo en el instante en que la camarera la dejó a solas en su camerino. Durante treinta minutos largos, por lo tanto, usted estuvo escuchando un extraño zum-

bido que, desde luego, no tenía nada que ver con el zumbido de las lámparas de gas, que se desterraron de nuestro Teatro hace un siglo. En estos momentos se me ocurren muchas preguntas. Primera pregunta: ¿Por qué empezó a escuchar el zumbido cuando sólo faltaba media hora para que se levantase el telón y su debut fuera inminente?

—Pues no lo sé —responde Brígida.

—Segunda pregunta: ¿Por qué no lo escuchó treinta minutos antes, mientras estaba todavía la doncella en el camerino?

Brígida von Schwarzeinstein se encoge otra vez de hombros.

—¿Por qué no lo sintió treinta minutos después, cuando vagaba ya por los subterráneos del Teatro?

—Tampoco lo sé —susurra la mujer.

—¿Y si usted se hubiese inventado ese zumbido para desorientarse, es decir, para no ser capaz de encontrar el camino del escenario? ¿Y si usted se hubiese buscado esa excusa para no dar con el rumbo exacto y eludir la grave responsabilidad que supone cantar ante uno de los públicos operísticos más exigentes del mundo?

—¿Cómo se inventan los zumbidos? —pregunta Brígida.

—No piense usted que hablo por hablar —le advierte el Juez—. Sepa usted que los murciélagos, que son medio ciegos, se orientan gracias al sonido. Y si se orientan gracias al sonido, también

pueden desorientarse por culpa del sonido. Es una regla de tres que no falla.

—Le aseguro que yo no tengo nada de murciélago —dice Brígida, respirando a fondo para que le abulten un poco más las tetas por debajo de la túnica.

—De acuerdo, eso se ve a simple vista, no es usted un murciélago —admite el Juez—. Pero se lo repetiré todavía una vez más: ¿Y si ese zumbido hubiese sido una excusa para perderse luego por los pasillos del Teatro?

Brígida no sabe qué responder. Baja de nuevo la mirada al suelo y esta vez descubre sobre las baldosas el rastro plateado de un caracol. Eso también puede significar un gran misterio.

¿De dónde vino ese caracol?, se pregunta. ¿Adónde fue? ¿Qué es lo que andaba buscando esa silenciosa criatura en estos pétreos subterráneos, donde no verdea ni una sola hoja?

—Usted no puede imaginarse la cantidad de trucos que se inventa la gente para no dar la cara —observa el Juez.

—Pues a lo mejor tiene usted razón —admite Brígida—. A lo mejor no oí ningún zumbido.

El Juez consulta la lista de nombres que tiene encima de la mesa y da un respingo. Lo hace sólo para darse importancia. Luego le da la vuelta al folio azul y dibuja en la otra cara un sol con ojos, cejas, nariz y boca.

–Volveremos más tarde al asunto del zumbido –dice–. Por ahora prefiero que continúe contando sus andanzas. Dígame qué es lo que hizo después de estar sentada en el primer peldaño de aquella escalera.

–Para ser exactos –puntualiza Brígida–, no me senté en el primer peldaño. Lo hice un poco más abajo.

–Lo que parece seguro es que estaba usted en el primer sótano. ¿Qué hizo luego? ¿Continuó bajando? ¿Decidió subir al piso de arriba?

–Siempre ha sido más fácil bajar que subir, así que bajé tres pisos y me metí por un pasillo iluminado con bombillas azules. Llamé a todas las puertas que encontré a mi paso, pero no abrieron ninguna. Nadie respondió a mis llamadas. Eso es que no hay nadie dentro, me dije. Fue una forma de tranquilizarme bastante estúpida, lo reconozco, pero en una situación tan absurda como la que estaba viviendo lo que se necesitan son respuestas normales, similares a las que nos damos todos los días.

–Eso podría ser cierto –musita el Juez.

–Dejé atrás el pasillo de las bombillas azules y me metí por otro corredor con hornacinas cada quince o veinte pasos y un reloj de pared en cada hornacina. Ese pasillo estaba iluminado por tubos fluorescentes. Por lo menos la gente que pasa por este pasillo puede saber qué hora es y el tiempo que llevan perdidos, me dije.

—¿Interpretó la presencia de esos relojes como un detalle de buena voluntad por parte del Teatro? ¿Los consideró como una crueldad innecesaria?

—Vi aquellos relojes en las hornacinas, es cierto —responde Brígida—, pero no les di una interpretación especial.

—No se preocupe. Cualquier respuesta que me dé será igualmente válida. Saber qué hora es, en medio de nuestras tribulaciones, contribuye a centrarnos y a situarnos cronológicamente en el espacio. Pero también la entenderé si me dice que la presencia de esos relojes contribuyó a aumentar todavía más sus angustias.

—A mí, particularmente, no me gustan demasiado los relojes —susurra Brígida.

—Tampoco a mí me entusiasman —reconoce el Juez—. Me molestan por lo que tienen de recordatorio. No podemos, sin embargo, prescindir de ellos. Vea usted cómo es el mío.

El Juez muestra a Brígida su reloj de pulsera, con la esfera llena de estrellitas que parpadean a medida que van pasando los segundos. Está claro que ése es su verdadero reloj. El reloj de bolsillo que tiene encima de la mesa lo utiliza únicamente para intimidar a los interrogados.

—Un reloj de niño —susurra el Juez.

—Ja, ja —se ríe Brígida, porque piensa que eso es precisamente lo que estaba esperando el hombre.

—¿Comprende lo que significa este reloj?

—Más o menos —susurra la cantante—. Usted se compró un reloj de niño porque a los niños no les preocupa el tiempo y usted tampoco quiere preocuparse.

—Más o menos es eso.

—Pero ¿y ese otro reloj que tiene encima de la mesa?

—Pura escenografía —dice el Juez.

—No me gustan los hombres con dos relojes —dice la cantante.

—Este reloj perteneció a mi abuelo. Ni siquiera tiene saetas. Conservar el reloj de los abuelos es otra forma de sentirnos niños.

—¿De verdad se siente usted niño?

El Juez lanza una mirada a su alrededor, asegurándose de que nadie puede escucharle.

—Soy un niño prematuramente envejecido —confiesa.

Y apenas acaba de hacer esa confesión suenan a lo lejos las solemnes campanadas de otro gran reloj. Llegan, tal vez, desde el campanario de alguna inmensa catedral sepultada. El Juez las escucha con los ojos cerrados.

—Ahí las tiene usted —dice—. Esas campanadas han sonado tanto para mí, que soy el interrogador, como para usted, que es la interrogada. Aunque puede también que hayan sonado únicamente en el interior de nuestros corazones.

—Ya entiendo lo que quiere decir —dice Brígida, que sin embargo no ha comprendido nada—. Me parece que estoy empezando a entender cosas que no había entendido nunca.

Y se queda con los ojos entornados, como reflexionando. Puede que al dar esa respuesta sólo se haya propuesto congraciarse con el Juez. Inclina la cabeza y se sujeta el casco por los cuernos.

—En fin, siga contándome sus andanzas —le pide el Juez—. Creo recordar que bajó usted al cuarto sótano. Se metió por un pasillo iluminado por bombillas azules y llamó a todas las puertas que encontró al paso sin que nadie le respondiese. Luego se metió por otro pasillo iluminado con tubos fluorescentes, hornacinas cada quince o veinte pasos y un reloj de pared en cada hornacina. No se ría ahora de la pregunta que voy a hacerle, aunque le parezca extraña: ¿Añoró usted el pasillo de las bombillas azules mientras avanzaba por el pasillo de los fluorescentes?

Brígida no quiere entrar ahora a valorar la estupidez de la pregunta del Juez. Piensa que es mejor seguirle la corriente.

—Tengo que reconocer que siempre me ha gustado el color azul —dice.

—A todos nos gusta el azul —observa el Juez—. Por algo, digo yo, es el color de la esperanza.

—¿No es el verde? —pregunta Brígida.

El Juez comprende que ha metido la pata, pero no quiere rectificar.

—¿A usted qué le parece? —pregunta, atravesando a la cantante con una gélida mirada.

Brígida, que tampoco se siente muy segura, recuerda que el Juez es zurdo y piensa que tal vez para los zurdos los colores tienen otros significados.

—¿No contó tampoco los relojes que había en el pasillo de los fluorescentes?

—No —responde la Schwarzeinstein—. Sólo me fijé en que no marcaban la misma hora.

—Pues hizo mal, porque en este mundo hay que contar todo. Sí, sí, no me mire de ese modo, nos conviene contar todo. Cuantificar todo lo que nos rodea: relojes, bombillas, o tubos fluorescentes. ¿Por qué?, se preguntará usted. Pues porque en medio de tantas dudas el número es nuestro único consuelo. Estoy por asegurar que usted no se hubiese sentido tan perdida de haber sabido que en esos pasillos había un total de cuarenta y nueve bombillas azules, treinta y tres tubos fluorescentes y veintidós hornacinas con sus correspondientes relojes.

Brígida se encoge una vez más de hombros. Por aquí pasó un caracol, recuerda, bajando la mirada al suelo.

—Adelante —le recuerda el Juez—. Estoy esperando.

—Cuando llegué al final del pasillo de los relojes —o de los fluorescentes, como usted prefiera— subí al segundo sótano. Allí me encontré con una red de pasillos que se iban en todas las direcciones, como los hilos de una tela de araña. Me metí por el que tenía enfrente, que era el más ancho, y encontré otros relojes, pero allí todos señalaban las nueve y media. ¿Cómo puede ser?, me pregunté. ¿Sólo hace media hora que salí de mi camerino?

—Seguramente todos esos relojes iban atrasados —observa el Juez—. Ésos son los peores relojes de todos, los que se atrasan y nos permiten creer que todavía estamos a tiempo de hacer alguna cosa. Pero, dígame, ¿continuaba molestándole el zumbido del oído cuando llegó al segundo sótano?

—No —dice Brígida—, pero como iba de una parte a otra sin levantar la mirada del suelo, la cabeza empezó a darme vueltas.

—¿Y por qué iba usted mirando el suelo?

—Buscaba alguna flecha que me señalase el camino a seguir, como las que pintan en el suelo de algunos grandes teatros. No es mala idea. De ese modo la gente no se pierde por los pasillos.

—Que yo sepa, en este Teatro nunca hemos pintado flechas —dice el Juez—. Preferimos pensar que cada cual tiene la obligación de encontrar su camino por sí mismo.

—Ahora recuerdo que el color de la esperanza es el verde —masculla inesperadamente Brígida.

No está todavía segura de que sea realmente el verde, lo único que se propone al decirlo es castigar al Juez por hablar de caminos y hacerlo, además, con la arrogancia de los que jamás tuvieron ningún problema para encontrar el suyo. En este momento, sin embargo, al Juez le importa un comino si la esperanza es de color rojo, verde o azul. Guarda silencio durante un buen rato y mientras medita —o, por lo menos, finge meditar— la brisa vuelve a ondular los tapices de los muros.

—Hay algo que me parece muy claro —dice por fin, atando cabos—. El hecho de que al llegar al segundo sótano ya no le zumbasen los oídos demuestra que mi teoría sobre los zumbidos no es mala. Los zumbidos no aparecen y desaparecen como por arte de birlibirloque. Lo que pasa es que, en su caso, no había ninguna razón fisiológica que lo justificase.

Brígida se humedece el índice de la mano derecha con un veloz movimiento de la lengua y lo levanta por encima de la cabeza, para descubrir por dónde llega la corriente de aire.

—Ya se lo dije antes, mi querida amiga —prosi-gue el Juez—. Fue usted la que se inventó ese zumbido, aunque fuese a nivel inconsciente. Se lo inventó cuando se aproximaba el momento de sa-

lir al escenario, es decir, en el momento más oportuno. Fue sólo una excusa para perderse. ¿Qué es lo que puede decirme usted al respecto? ¿Tengo o no tengo razón?

Brígida lo ve de pronto muy claro. Se seca el índice con los faldones de la túnica –la procedencia de la brisa ha dejado de pronto de interesarle– y utiliza el mismo dedo para señalar el techo de la sala.

–Supongo –dice, sin dejar de apuntar al techo– que esta misma tarde dará cuenta a los de ahí arriba de todo lo que le he dicho durante este interrogatorio. No tengo un pelo de tonta, señor mío: de lo que yo le conteste ahora dependerá que me den o no me den otra oportunidad.

–¿Desea usted realmente que le concedan esa segunda oportunidad?

–Con toda mi alma. Por eso estoy sentada en este banco, respondiendo preguntas estúpidas. Si no desease esa segunda oportunidad, y si no supiese que está usted al servicio de la Gerencia de este Teatro, seguiría dando vueltas por todos los pasillos, buscando la salida de este infierno.

Levanta la mirada por encima del Juez y le parece que por detrás de los cristales traslúcidos del ventanal acaba de cruzar la silueta de un enorme murciélago.

–Dígame, ¿no es cierto que los de ahí arriba están esperando mis respuestas?

–No le digo ni que sí, ni que no –responde el Juez–. Prefiero dejarla en la duda. Puede, sin embargo, que este interrogatorio no tenga nada que ver con la Gerencia de este Teatro. Tal vez lo que usted y yo estamos ventilando en estos momentos sea mucho más importante de lo que usted supone.

Brígida von Schwarzeinstein mueve la cabeza de un lado a otro. Otra vez le parece ver tras el ventanal la silueta del murciélago, volando esta vez en sentido contrario.

–Podría ser incluso que este interrogatorio tuviese que ver con la salvación de su alma –susurra el Juez, echando ligeramente hacia atrás su cabeza de pera.

–¿Y si las mujeres no tuviésemos alma? –exclama la Schwarzeinstein–. O peor todavía: ¿y si tuviésemos cuatro o cinco?

El Juez no cae en la provocación. No piensa perder el tiempo discutiendo sobre tonterías. Echa un vistazo a su reloj de pulsera y se pasa la mano derecha por la frente.

–Volvamos, pues, a ese hipotético zumbido –insiste–. Soy un interrogador conspicuo y me enseñaron a repetir las preguntas tantas veces como sea preciso hasta que consigamos de ellas la respuesta que estamos deseando.

–Muy bien –dice Brígida, sin conseguir completamente que su invitación suene como un desafío–. Adelante con esas preguntas.

—Le repetiré una vez más lo que ya le pregunté antes: ¿Y si usted se hubiese perdido a propósito?

—Si quiere que le diga lo que pienso —responde Brígida— no puedo entender que alguien quiera perderse a propósito.

—No se me haga ahora la tonta, que sabe muy bien por dónde van los tiros. ¿Y si usted, cuando llegó el momento de demostrar a todo el mundo su talento, hubiese tenido miedo de salir a la palestra? ¿Y si se hubiese inventado el zumbido para perderse por los pasillos?

—Los dioses y las hadas también se equivocan —murmura la Schwarzeinstein.

—No sea usted cursi —dice el Juez—. Usted no tiene nada de hada. Sí, sí, ya sé que algunas veces tenemos derecho a equivocarnos, pero a mí me parece que lo suyo ha sido demasiado gordo. No hay nada más fácil que saber dónde tenemos la mano derecha y dónde la izquierda.

—Se dice que aprendemos errando —murmura Brígida, cambiando de fórmula.

—Errar —observa el Juez— no es demasiado peligroso mientras todavía somos jóvenes. Lo malo, mi querida señorita, es errar a su edad.

—¿Otra vez vuelve usted a insinuar que ya no soy joven? —se duele la soprano.

—No lo insinúo —responde el Juez—. Se lo digo con todas las letras.

Las mujeres de la sala contigua estallan otra vez en grandes carcajadas. Les divierte todo lo que están escuchando a través de la puerta. Tampoco en esta ocasión el Portero les impone silencio y las risotadas van extinguiéndose poco a poco y acaban convirtiéndose en tristísimos suspiros.

—Ahí tiene usted a esas infelices —observa el Juez, señalando la puerta con el índice—. Todas las mujeres que están ahí dentro (sopranos, mezosopranos y contraltos), entraron en este Teatro sin permiso. Ninguna de ellas fue llamada por la Gerencia y no pueden exhibir un contrato como el que firmó usted. No tuvieron la suerte de estudiar en un Conservatorio. Todo lo que saben lo aprendieron cantando por las peores tabernas del país. Estoy seguro, sin embargo, de que ninguna de ellas hubiese desaprovechado la oportunidad que ha tenido usted. Hasta la menos inteligente de esas mujeres hubiese sido capaz de encontrar el camino del escenario.

—¿Quién las dejó entrar en el Teatro?

—Nadie, nadie, se lo acabo de decir, se colaron sin permiso. Cada año, cuando empieza la temporada, las más desesperadas se introducen por las

alcantarillas que conducen al gran lago subterráneo que hay debajo del escenario.

—Pues ahora que se fastidien —dice Brígida—. Ellas se lo buscaron.

—No las menosprecie usted —dice el Juez.

—Al fin y al cabo, también ellas se perdieron.

—Sí, pero en otras circunstancias que las suyas. Usted sólo tenía que recorrer quince metros escasos en línea recta para llegar al escenario. Esas infelices se colaron por las cloacas.

—De todos modos, no parece muy amable por su parte que me compare con unas aficionadas.

El Juez frunce el entrecejo. Le disgusta la actitud altanera de la Schwarzeinstein. Nunca pudo soportar a las mujeres altaneras, aunque vayan disfrazadas de Brunilda. Aparenta concentrar su atención en los papeles que tiene encima de la mesa y empieza a dibujar cruces que no tienen ningún significado. Brígida, mientras tanto, le envuelve con una mirada resentida.

—¿Por qué piensa que es tan peligroso errar a mi edad? ¿Por qué me echa más años de los que realmente tengo?

—Puede, incluso, que alguna de esas mujeres cante mejor que usted —dice el Juez, sin responder a las preguntas de la soprano y sin dejar de dibujar crucecitas.

—¿De qué mujeres me está hablando ahora? ¿De esas individuosas que tienen encerradas ahí al

lado? ¿De las que se colaron por las cloacas? ¿No acaba usted mismo de decirme que todo lo que saben esas pederas lo aprendieron cantando por las tabernas de mala fama?

—Si quiere que le sea sincero —observa el Juez— no me gustó demasiado cómo cantó antes la seguidilla de *Carmen*.

—La culpa la tuvo esta cornamenta —se justifica Brígida, palpándose los cuernos con las dos manos.

—Lo malo —dice el Juez— es que tampoco me entusias mó su forma de cantar *El crepúsculo de los dioses*. Se lo dije antes: su voz me parece demasiado oscura.

—Pues esas mujeres me aplaudieron a rabiar cuando acabé de cantar lo de *Altegewohntes Geräusch*.

—Lo más probable es que le aplaudiesen por simple cortesía —dice el Juez, arrellanándose en la butaca y extendiendo las dos piernas por debajo de la mesa.

—Esas mismas mujeres no me aplaudieron la seguidilla de *Carmen* —le recuerda la Schwarzeinstein—. Si sólo hubiesen sido cortesés la segunda vez, lo hubieran sido también la primera.

—Lo que pasa es que la seguidilla le salió especialmente mal. Algunas veces, amiga mía, ni siquiera podemos permitirnos el lujo de la cortesía.

—¿No fue usted mismo quien me dijo que no se puede cantar *Carmen* vestida de walkiria?

—No recuerdo si le dije eso. Lo que le digo ahora es que una verdadera soprano —una soprano todoterreno— puede cantar las seguidillas de *Carmen* aunque vaya vestida de Brunilda o de Salomé.

—¿Quiere que hagamos otra prueba? ¿Quiere que le cante otro fragmento de *Carmen*?

El Juez recorre con la punta de la lengua todo el arco dental, empujándolo por detrás, y descubre inesperadamente que se le mueve el colmillo izquierdo. Así son las cosas, uno va por la vida tan tranquilo y de pronto descubre que sus dientes empiezan a vacilar, anunciando tal vez el inminente desmoronamiento de toda su osamenta.

—¿Quiere que le cante aquello de *Laisse-moi, laisse-moi, contempler ton visage*?

—No vale la pena —dice el Juez, preocupado por el colmillo—. Lo que yo pueda opinar, al fin y al cabo, es del todo irrelevante. No era yo, señorita Von Schwarzeinstein, quien debía juzgar su talento, sino el público que la estaba esperando.

Se queda callado y continúa empujando el colmillo con la punta de la lengua. No creo que este pobre diente tenga salvación, susurra. Se arrellana un poco más en la silla y piensa en su

padre. No era mal hombre, pero cuando estaba borracho se sacaba la dentadura postiza delante de toda la familia y jugaba a morderse la nariz.

—¿A que me la muerdo? —le preguntaba a su mujer—, ¿a que soy también capaz de morderme un ojo?

Brígida, mientras tanto, sigue pensando en su fracaso.

—¿Cree usted —le pregunta al Juez— que ayer noche suspendieron la función?

—Mire usted, lo que haya sucedido o no sucedido ayer noche allá arriba me trae sin cuidado —contesta el Juez, que continúa pensando en las borracheras de su padre—. Son, como dijo un obispo refiriéndose a otras cosas, *res inter alios facta*. Lo único que me importa es que usted no se presentó a su compromiso.

—¿Qué es lo que quería decir ese obispo?

—*Res inter alios facta*, es decir, cosas hechas por extranjeros. Así de simple.

—Me apasiona el latín —suspira Brígida, tratando de dar un giro más frívolo al interrogatorio—. Y le diré que me parece una pena que a nadie se le haya ocurrido escribir una ópera en ese idioma.

Es mejor que no piense más en mi padre, se propone el Juez, incorporándose ligeramente y arreglando los papeles que tiene encima de la mesa.

—¿Sabe decir alguna cosita más en latín? —le pregunta Brígida.

—*Libertas inestimabilis res est* —susurra el hombre, sintiendo que se le humedecen los ojos.

Tampoco Brígida von Schwarzeinstein puede continuar fingiendo. Levanta hacia el Juez una mirada brillante y se lleva la mano al pecho.

—¿Cree usted —vuelve a preguntar— que suspendieron la función al ver que no me presentaba?

—Puede que sí, que la suspendiesen —responde el Juez—, pero puede también que no la suspendiesen. Puede que a última hora le encontrasen una sustituta. Pero cabe incluso la posibilidad de que esa sustituta, llegado el momento, hiciese como usted y prefiriese perderse por los pasillos antes que comparecer en el escenario. ¡Quién sabe! ¡Tal vez dentro de un par de horas tenga a la nueva desertora sentada en ese mismo banco!

Una de las mujeres de la sala vecina suelta un grito y enseguida se levanta un coro de voces airadas. El Portero golpea la puerta con los dos puños, pero las mujeres continúan gritando.

—Empiezan a impacientarse —dice el Juez, consultando su reloj de pulsera.

—Si quiere que le diga lo que pienso —le dice Brígida—, me molesta bastante que me haya comparado con unas mujeres que chillan de ese modo. Y me molesta también que piense que alguna de esas individuos pueda cantar mejor que yo.

—Lo único que puedo decirle ahora es que hay algunas cantantes presuntuosas que con una voz deleznable pretenden alcanzar notas que les están vedadas —dice el Juez, mientras el Portero continúa golpeando la puerta con los dos puños.

—Usted sabe que ése no es mi caso —responde Brígida von Schwarzeinstein, enrojeciendo de cólera.

—Pues es una pena que ayer noche perdiese la oportunidad de demostrarlo —observa el Juez, levantando la voz por encima de los gritos de las mujeres.

—¿Por qué no me dice de una vez qué es lo que tengo que hacer para salir de aquí? —exclama Brígida, a punto de levantarse—. ¿Qué quiere que le diga? ¿Quiere que reconozca mi cobardía y que acepte que cualquiera de esas furcias canta mejor que yo?

El Juez se encoge de hombros.

—Ninguna de esas mujeres me llega a la suela del zapato —masculla la Schwarzeinstein.

—Lo único que quiero decirle es que no debe cometer el error de suponer que todas esas chicas son malas —dice el Juez—. Hace algunos meses detuvimos a una muchacha de apenas veinte años que cantaba admirablemente *La flauta mágica*. Sus staccatti eran inauditos.

—¿Dónde está ahora esa chica?

—Ahí dentro, con las demás.

—¿Quiere escuchar ahora mis staccatti? ¿Quiere comprobar la estridencia de mis contra-fa?

Brígida vuelve a levantarse y llena los pulmones de aire. Nadie puede evitarlo. Lanza un grito desgarrador y sostiene el do durante un buen rato, pero cuando vuelve a cerrar la boca el Juez no parece muy impresionado.

—Me ratifico en lo que ya le dije antes —dice—. Su impostación me parece bastante rudimentaria. Le diré incluso que me extraña que los de ahí arriba le diesen una oportunidad.

Brígida sostiene sin pestañear la mirada del hombre. Lo único que pretende ese individuo es desmoralizarme, piensa. Tal vez sea ése el castigo que se impone a todas las cantantes que se pierden.

—Usted sabe que el simple esfuerzo no es suficiente —le explica el Juez con una sonrisa de suficiencia—. Lo que más importa es la impostación. Lo que infiere potencia a la voz de los cantantes es una impostación correcta.

Ese hombre se propone dejarme con la moral por los suelos, piensa otra vez Brígida.

—Lo siento, pero no puede decirse que usted sea un fenómeno canoro —suspira el Juez.

La Schwarzeinstein cierra los puños con fuerza. Ahora lo veo claro, se dice. Lo que quiere ese fulano es sacarme de quicio. No va a permitir, sin embargo, que se salga con la suya. Tiene otros planes.

—Pues sí —dice, recogiendo el hilo de su anterior discurso—. Lo que le dije antes del latín es cierto. Me parece un idioma muy hermoso. No sé por qué será, pero cuando oigo hablar en latín me siento más cerca de Dios. ¿No le pasa a usted lo mismo?

El Juez no comprende ahora adónde quiere ir a parar Brígida. Se quita las gafas y limpia los cristales con un papel de fumar.

—Me gustaría cantar una ópera vestida de romana —le confiesa la Schwarzeinstein—. O vestida de monja, con dos o tres curas alrededor. Una ópera con cardenales y obispos.

—No estamos aquí para hablar de lo que le gustaría cantar —dice el Juez.

—¡Ah, sí! ¿Me imagina usted vestida de monja, cantando en un claustro? ¿O vestida de patricia romana, con una lira entre los brazos?

El Juez no es tonto. Esta mujer, piensa, quiere convencerme de que es capaz de cantar todo lo

que le echen. Vuelve a ponerse las gafas y mueve varias veces la cabeza.

—Déjese de sueños ridículos —masculla—. Nada de lo que me diga ahora podrá hacerme olvidar que ayer noche se perdió a propósito por los pasillos de este Teatro. Defraudó usted a todo el mundo, es cierto, pero, sobre todo, se defraudó también a sí misma y yo estoy aquí para recordárselo. Usted sabe que es una cantante mediocre y le faltó valor para comparecer ante el público. No la dejaré salir de aquí hasta que no lo reconozca públicamente y entone su mea culpa.

—¿Yo una cantante mediocre? —estalla Brígida, herida en su amor propio—. ¿Realmente piensa usted eso? ¿Cree de verdad que soy una cantante mediocre?

No se lo piensa dos veces: salta sobre el banco, extiende los brazos en cruz y en un santiamén se transforma otra vez en la Brunilda perpleja, absorta en sus pensamientos, que podemos admirar en la quinta escena del tercer acto de *El crepúsculo de los dioses*,

*Welches Unholds List
liegt hier verhohlen
Welches Zaubers Rat
regte dies auf?*

*Wo ist nun mein Wissen
gegen dies Wirrsal?*

—Es inútil, no vale la pena que se esfuerce —le interrumpe el Juez—. Su alemán, además, es detestable. Lo habla usted como un oficial de las SS.

Brígida vuelve a sentarse, se quita el casco con las dos manos y lo lanza por los aires.

—Ya lo entiendo —exclama—. Usted es uno de esos funcionarios fidelísimos que cumplen sus obligaciones a rajatabla. Recibió unas consignas determinadas y por nada del mundo dejará de cumplirlas. Nada ni nadie le apartará de su deber. Señor Como Se Llame —le dijeron hace años, quienes le encadenaron a esa mesa— su misión es desmoralizar a las cantantes extraviadas.

—De acuerdo —dice el Juez, encogiéndose de hombros—. Para usted la perra chica.

—¿Cómo, si no, se hubiese atrevido a decir que mi impostación es incorrecta y que mi voz resulta demasiado oscura? ¡Ja, ja, ja! ¿Mi voz demasiado oscura?

—Podemos pasarnos aquí toda la vida —susurra el Juez, consultando el reloj de las estrellitas—. Usted no regresará a la superficie hasta que no haya entonado su mea culpa. Sería peligroso que lo hiciese antes.

—¿Cree usted que voy a tragarme que mi voz carece de empuje y frescura? ¿No fue eso lo que me soltó antes?

—Se lo diré una vez más —repite el Juez, procurando no perder la calma—. Estoy aquí para

descubrir por qué se pierden las cantantes al salir de sus camerinos. Todo lo demás, en el fondo, me importa un carajo.

—¿Se da cuenta? No le preocupan los cantantes. Le traen sin cuidado los bajos, los barítonos y los tenores. Sólo le importan las infelices mujeres. ¿Por qué esa discriminación? ¿De qué le viene tanta misoginia?

—Le aseguro que siento por las mujeres un profundo respeto, cualquiera que sea su edad y condición —se defiende el Juez—. Un respeto tan profundo que raya en la veneración.

—¡Ja, ja! ¡Demuéstrelo! —le desafía Brígida—. Dígame, ¿cuántos hombres se han sentado en este banquillo? ¿Cuántos barítonos? ¿Cuántos tenores y cuántos bajos?

—Esto se está alargando demasiado —dice el Juez, consultando otra vez su reloj de pulsera—. No es usted la única que debe ser interrogada. Reconozca de una vez su mediocridad y su cobardía y esta misma tarde podrá volver a su casa reciclada.

—Usted podrá decir lo que le dé la gana —insiste la Schwarzeinstein—, pero hay muy pocas sopranos que ataquen los si bemol como los ataco yo.

Otra vez vuelven las solemnes campanadas de la catedral sumergida, pero, para compensar, la brisa trae ahora hasta las entrañas del gran Teatro

un insoportable olor a sardinas asadas. Cuesta trabajo admitir que esos olores absolutamente vulgares puedan llegar hasta estos vastos y sombríos subterráneos.

—Vamos, ármese de valor y reconozca de una vez que es usted una mierda —le pide el Juez, buscándose el colmillo con la punta de la lengua.

—¡Antes muerta! —exclama Brígida.

Se levanta, recoge su casco de Brunilda y vuelve a ponérselo, como si lo necesitase para continuar interpretando su papel de princesa ultrajada.

—De acuerdo —suspira el Juez—. Trate de convencerme de que me equivoco. Cuénteme una vez más qué hizo usted durante la noche pasada, desde que salió del camerino hasta esta madrugada, cuando nuestros servicios de vigilancia la encontraron acurrucada y llorando en un rincón. Dígame, ¿por qué lloraba usted? ¿Por no haber sido capaz de encontrar el camino que la hubiese llevado al escenario? ¿Por haber perdido esa gran oportunidad? ¿Lloraba su propia cobardía? ¿Se lamentaba de su propia mediocridad?

Brígida se acaricia la ceja con la yema del pulgar y entorna al mismo tiempo los dos párpados.

Se trata, sin embargo, de dos movimientos independientes, que nada tienen que ver el uno con el otro.

—Puede usted imaginarse cuál era mi estado de ánimo, después de haberme pasado la noche dando vueltas —se lamenta, con un hilo de voz.

—¿Y lloraba sólo por eso? ¿Por las vueltas que había dado inútilmente? ¿Lloraba porque se sentía cansada? ¿Sólo por razones físicas? ¿Por unos miserables músculos doloridos? ¿Por un par de pies hinchados?

Otra vez vuelve a escucharse el *Réquiem* de Berlioz. Es una música pendular, que llega y se marcha en el instante justo.

—¿No lloraba por haber perdido la oportunidad de cantar en uno de los cuatro mejores teatros líricos del mundo?

Brígida mueve la cabeza. El Juez exagera la nota. Es cierto que la Ópera de H. es la mejor del país, pero no está tan segura de que figure entre las cuatro mejores del mundo.

—¿Duda usted de mis palabras? —le pregunta el Juez, que ha leído el pensamiento de Brígida—. ¿Cree usted que nuestra Ópera no es una de las cuatro mejores? ¿Puede encontrarse otro teatro con un tiempo de reverberación de 1'3 segundos y en el que todas las localidades sean frontales? ¿Cree usted que puede encontrarse otro teatro en el que, para conseguir un perfecto equilibrio en-

tre instrumentos y voces, la orquesta esté ubicada debajo del escenario?

—Me han dicho que hay otros teatros más lujosos que éste —arguye Brígida—. Por ejemplo, la Ópera de P.

—De acuerdo —concede el Juez, picado en su amor propio—. Nuestra sala es austera y carece de elementos decorativos, pero eso se hizo para facilitar la concentración de los espectadores en lo fundamental.

El olor a sardinas asadas se ha hecho insoportable y el Juez emplea un par de cuartillas para abanicarse.

—En fin, volvamos al asunto de sus lágrimas. Muchas veces no sabemos por qué lloramos. Se presentan las lágrimas y no sabemos de dónde vienen. ¿De dónde cree que venían las suyas?

—Por el humo se sabe dónde está el fuego —recita Brígida—. Seguramente conoce usted esa romanza.

—Déjese de bromas, señorita —suspira el Juez—. Hay atardeceres en los que yo mismo, que soy un hombre bastante pragmático, me sorprendo de pronto lleno de extrañas tristezas. Aparecen sin saber por qué en el horizonte del alma y poco a poco lo van llenando todo.

—A lo mejor la culpa de todo la tiene aquella Timotea —dice Brígida, pasando inesperadamente al contraataque.

—¿De qué Timotea me está hablando?

—De aquella Timotea que tenía los ojos azules. Antes habló de esa mujer. Dijo que tenía una mirada que parecía descender directamente del Paraíso. Me hizo gracia oírle decir esa tontería. Ese hombre, a pesar de sus años, está todavía enamorado, pensé.

—Es mejor que hablemos de otra cosa —suspira el Juez.

Brígida decide jugar fuerte. Se siente justificada por las muchas humillaciones de las que ha sido víctima a lo largo de este interrogatorio.

—A lo mejor —dice, sin que le tiemble la voz— usted se está preguntando todavía por qué aquella mujer le puso los cuernos con el mejor de sus amigos.

El Juez no pierde la calma. Puede que haya pasado ya demasiado tiempo desde que fue engañado y no se vea a sí mismo como víctima de aquella traición.

—Tal vez tenga usted razón —susurra, contemplando el sol que dibujó en una cuartilla—. Puede que no sea lícito que los hombres que una vez fueron felices pero que ya no lo son y no podrán serlo nunca más deban juzgar luego la felicidad y las ilusiones de los demás.

Lo que menos esperaba era reencontrarse tan bruscamente con su pasado. ¿Dónde estará ahora Timotea?, se pregunta, sin apartar la mirada del

sol de la cuartilla. Y después de hacerse esa pregunta empieza a cambiar el orden de los papeles que están encima de la mesa. Los que estaban debajo del montón los pasa encima y los que estaban encima los pone abajo.

—De todos modos —dice luego— no estamos aquí para juzgar si soy o no soy un hombre feliz. Sólo le diré que se equivoca si piensa que fue Timotea la que me dejó por otro. Fui yo quien la dejó a ella.

—Esas cosas no siempre se pueden demostrar —replica Brígida alzando ligeramente la barbilla.

—De lo que estoy seguro es de que nunca hubiese dejado a Timotea por una mujer como usted —replica el Juez, recuperando la iniciativa.

Ha sido una salida de dudoso buen gusto, pero las mujeres celebran con grandes carcajadas la ocurrencia del Juez. Puede que le estén haciendo la pelota para cuando les llegue el momento de ser juzgadas.

—De todos modos —dice el Juez, cuando las mujeres enmudecen— no nos queda más remedio que seguir adelante, empujando el carro de nuestras amarguras. Siga pues contándomelo todo sin dejarse nada en el tintero. Volvamos a donde nos habíamos quedado antes: esta madrugada los guardias de seguridad la localizaron llorando en un rincón. Dígame, ¿qué es lo que hizo durante toda la noche?

El olor a sardinas se bate lentamente en retirada. ¿Ése es, pues, otro de los grandes misterios a descubrir?: ¿Quién se atrevió a asar sardinas en estos subterráneos? ¿Quién cometió semejante grosería?

—Es la última vez que se lo repito —responde Brígida, resignada de nuevo a su papel de víctima—. Al salir del camerino doblé hacia la derecha cuando hubiera debido hacerlo hacia la izquierda. Ése fue mi primer error. Luego cometí otros errores y las cosas fueron complicándose cada vez más. Giré varias veces hacia la izquierda cuando debí haberlo hecho hacia la derecha y viceversa. Luego llegué a una escalera y bajé tres pisos cuando probablemente lo que hubiese debido hacer es subir.

—Lo que no puedo entender —dice el Juez— es que en todo ese tiempo no se cruzase usted con otras personas.

—No vi a nadie. Ni un alma. Durante los primeros minutos, eso sí, escuché a lo lejos los gritos del regidor, que reclamaba mi presencia desesperadamente. Yo le contesté, pero no sé si llegó a oírme. De repente los gritos del regidor se esfumaron y a partir de aquel momento ya no oí nada. Silencio

absoluto. ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!, grité varias veces, pero nadie pudo escucharme. O nadie quiso escucharme, que para el caso es lo mismo.

—Cuidado —le advierte el Juez—. Antes quiso hacerme creer que durante todo el tiempo que estubo perdida no gritó ni una sola vez pidiendo auxilio. Dijo exactamente que las walkirias jamás deben hacer eso.

—Es usted quien debe tener cuidado —replica la mujer—. Señalar a los demás cuál es nuestra posición no significa pedir auxilio. Yo no grité socorro, me limité a repetir varias veces dónde estaba.

—Aparte de todo, es usted bastante orgullosa —resopla el Juez—. No me queda más remedio que anotar esa circunstancia en su expediente.

Se inclina sobre la mesa y dibuja otro sol como el de antes, con ojos, cejas, nariz, boca y pestañas. Sabe que nadie puede ver lo que está haciendo —y menos aún Brígida, que está sentada en una posición inferior— y se recrea punteando unas cuantas pecas en los mofletes del sol.

—Prosiga —dice.

—Me fastidia repetirle tantas veces lo mismo —le contesta Brígida.

—Adelante —dice el Juez, dándole a entender que no le importa que le suelte el mismo rollo de siempre.

—Pues eso —prosigue Brígida—. Estuve un rato

sentada en la escalera haciéndome un montón de preguntas. Preguntas, por cierto, que no me había hecho nunca y que nada tenían que ver con lo que me estaba pasando en aquellos momentos. Me pregunté, por ejemplo, si yo era realmente yo, y si no era otra la que estaba en mi lugar pasándolas canutas. Luego bajé al cuarto sótano y me metí por el pasillo de las bombillas azules y llamé en todas las puertas que encontré a mi paso, pero no me contestaron. Seguí por el pasillo de los fluorescentes y me encontré con las hornacinas y los relojes de pared. Subí al segundo sótano y encontré otros relojes, pero allí todos señalaban las nueve y media. A lo mejor no han suspendido la función, me dije. A lo mejor han podido sustituirme con alguna chica del coro. Me quedé un buen rato sin apenas respirar, para ver si oía cantar a las tres ondinas, pero tampoco entonces oí una mosca.

—¿A qué ondinas se refiere usted? —pregunta el Juez.

—Me refiero a las ondinas que en aquellos momentos, si la representación hubiese empezado a la hora prevista, hubieran debido estar cantando en aquella roca.

—¿En qué roca?

—En la roca de las walkirias, claro.

—Seguramente me está usted hablando de las tres normas —observa el Juez.

Ha hecho esa precisión para dejar claro que conoce a la perfección todos los personajes que intervienen en *El crepúsculo de los dioses*. Brígida asiente con un breve parpadeo.

—En efecto, me estoy refiriendo a las tres nornas —precisa.

—¡Alto ahí! ¿Nornas o normas?

—He dicho nornas, que en alemán se llamaban *nornen*. Tres diosas hermanas de la mitología escandinava.

—¡Ja, ja! —se ríe el Juez—. ¡Mire por dónde yo siempre había creído que se las llamaba normas!

—Una de las nornas —le explica Brígida— se llamaba Urd, la otra Verdando y la tercera Skald, que significa respectivamente Pasado, Presente y Porvenir.

—Lo que pasa —se disculpa el Juez— es que el mundo está lleno de malos traductores. Me parece intolerable traducir *nornen* por normas. En fin, siga usted, acaba de decirme que todos los relojes del segundo sótano señalaban las nueve y media. Cuénteme ahora lo que pasó luego.

—A medida que iba pasando el tiempo —recuerda Brígida— fui sintiéndome peor. Imagínese lo que significa el ruido de mis pasos y el jadeo de mi respiración en medio de aquel silencio y de aquella soledad insoportable.

—La soledad, cuando nos es impuesta, resulta siempre insoportable —observa el Juez.

Y apenas acaba de decir eso vuelven a escucharse a lo lejos las primeras notas del *Réquiem*.

—¿Por qué —recuerda Brígida en voz alta— me ha tenido que suceder precisamente a mí? Eso es lo que me pregunté muchas veces. ¿Por qué he tenido que ser yo? Tenga usted en cuenta que en aquellos momentos nadie me había dicho todavía que no era la primera cantante que se perdía por estos subterráneos. ¿Qué he hecho yo para merecer esto?, me pregunté también muchas veces.

—Tal vez cantar villancicos en pleno agosto —suspira el Juez.

—Recuerdo que en un momento determinado bajé al quinto sótano —prosigue Brígida, como si no hubiese oído la observación del Juez—. Allí encontré otros pasillos. Seguí avanzando por el del centro, que era el más ancho. Al final de ese pasillo me encontré dos puertas, una pintada de azul y la otra pintada de verde. Empujé la puerta azul, cuando tal vez hubiera debido empujar la verde, y entré en una inmensa alcoba con las paredes cubiertas de tapices negros y una cama asimismo enorme con dosel y cortinas de damasco rojo.

—¿Y qué pensó al encontrarse con aquella cama?

—Nada especial.

—¡Vamos, vamos, no me diga que no pensó nada especial! ¿No se dijo: ¡Ya está, lo de siempre! ¡Ahora se presentará un tío disfrazado de Fan-

tasma de la Ópera y con la excusa de esta cama se me querrá follar! ¿No fue eso lo primero que le pasó por la cabeza?

Apenas el Juez acaba de formular esa pregunta se interrumpe el *Réquiem* de Berlioz y se escuchan en su lugar los alegres compases del cancán de Offenbach.

—¡Sea sincera conmigo, señorita, no se me haga la estrecha! ¡Es inútil que trate de engañarme, porque soy más listo de lo que parezco y al final lo acabaría descubriendo! ¿No fue eso lo que pensó? ¿Que se le presentaría cualquier tío disfrazado de Drácula con la intención de echarle un polvo?

—Me cuesta trabajo admitir que sea usted capaz de expresarse en esos términos tan vulgares —observa Brígida, alzando ligeramente la barbilla—. No olvide que está hablando con una señorita.

Las mujeres del aposento contiguo se ríen otra vez a carcajada limpia.

—Usted sabrá disculparme —se excusa el Juez, pero no quiero que piense que tengo un interés especial por mostrarme grosero con usted. Nada de eso. Estoy hablando muy en serio, señorita. Sé de buena tinta que en un momento determinado algunas cantantes extraviadas pensaron que alguien se las quería follar (y perdone usted el verbo, pero en estos momentos no se me ocurre

otro) cuando abrieron la puerta de la alcoba y se encontraron con esa cama.

—Pues le aseguro que no fue ése mi caso —puntualiza Brígida.

—Dígame pues qué hizo al entrar en esa alcoba. Cuéntemelo con pelos y señales.

—Lo primero que hice —recuerda la cantante— fue quitarme el casco con los cuernos. Le aseguro que no es fácil soportar esta cornamenta. Lo dejé sobre la mesita de noche, me tumbé un rato sobre la cama y poco a poco, sin poderlo remediar, me fui quedando dormida. Al cabo de un buen rato, no sabría decirle cuánto, me desperté, oí a lo lejos tres campanadas y supuse que eran las tres de la madrugada.

—¿Tres campanadas? ¿Una detrás de otra?

—Parecían las campanadas de un reloj de pared. Pero sonaban como si aquel reloj, a diferencia de los que había visto en las hornacinas de los pasillos, estuviese envuelto entre algodones.

—No tenía idea de que en el quinto sótano hubiese también relojes de pared.

—Puede que las campanadas llegasen desde arriba. O desde más abajo. Cualquiera sabe. Lo cierto es que me desperté sobresaltada. Me puse otra vez el casco y salté como un rayo de la cama.

—¿Y no le pareció extraño que se hubiese quedado dormida como un tronco en una situación tan insólita como la que estaba viviendo?

—Sí, me pareció bastante extraño. Y pensé que a lo mejor, es decir, que a lo peor me habían drogado.

—¿Cuándo? ¿Quién?

—Alguien hubiese podido meterme algo en la boca mientras estaba durmiendo. Eso fue lo que pensé en un primer momento. Esos desalmados quieren asegurarse de que no llegue a tiempo al escenario, me dije, sin pensar que ya era irremediablemente tarde para salir a cantar. En aquellos momentos me sentía aún un poco confusa. Luego caí en la cuenta de que eran ya las tres de la madrugada y que a aquellas horas ya no quedaba ni un alma en el Teatro. Se ha hecho demasiado tarde, me dije, y a esos cabronazos ya no les importa un pimiento que encuentre o no encuentre el camino del escenario.

El Juez arruga la nariz, sonríe ligeramente, levanta la mirada por encima de Brígida y la conduce hasta el Portero, como buscando a alguien que pueda servirle de testigo a lo que se dispone a decir a continuación.

—Hace un momento —recuerda, vocalizando con exageración— tuvo la amabilidad de recordarme que estaba hablando con una señorita y me amonestó por mi forma de hablar. Ahora, sin embargo, es usted la que llama cabronazos a sus enemigos. Unos enemigos, por cierto, de cuya existencia real ni siquiera podemos estar seguros.

¿Le parece que ése es el lenguaje que corresponde a una verdadera señorita?

La Schwarzeinstein no sabe qué alegar en su descargo. Baja la mirada al suelo y se abisma en el rastro plateado del caracol. Puede que ese infeliz caracol estuviese también sentado en este mismo banquillo, piensa. Algunas veces, en los momentos más comprometidos, se sale por la tangente con las más peregrinas ocurrencias.

—¿Cree usted que una princesa walkiria puede soltar esos tacos?

Brígida se encoge de hombros y continúa pensando en el caracol. Tal vez, piensa, esa infeliz criatura tuvo que soportar también un interrogatorio tan estúpido como el mío.

—Lo peor —sigue diciendo el Juez— es que haya proferido esa ordinariez caracterizada de Brunilda. Si la hubiese soltado vestida de Carmen no me hubiese sonado tan mal.

—Lo que pasa es que usted es un misógino —replica Brígida—. Estoy segura de que odia a Carmen porque fue la primera feminista de la historia.

—Déjese usted de misoginias y de leches —protesta el Juez—. No trate de comparar a Brunilda con Carmen. ¿No sabe acaso que Brunilda tuvo el valor de incendiar el árbol del mundo?

El caracol se fue en esa dirección, se dice Brígida, y puede que al final consiguiese encontrar su camino.

–¡Ah, sí, mi buena y desgraciada Brunilda!
–suspira el Juez, emocionado por el recuerdo de la princesa.

Se esfuman por fin completamente las notas del cancán –que habían ido perdiendo vigor durante los últimos instantes– y el Juez, para demostrar a Brígida la veneración que siente por la valerosa walkiria, se aclara la voz y empieza a recitar lo que Brunilda canta al final de la tercera escena del tercer acto de *El crepúsculo de los dioses*, poco antes de precipitarse con su caballo en la pira en la que arde el cadáver de Sigfrido.

¿Sabes tú también, amigo mío,
adónde te conduzco?
En el fuego resplandeciente,
allí yace tu señor,
Sigfrido, mi bienaventurado héroe...

Cuando acaba de recitar se queda con la mirada perdida en el aire. Puede que en estos momentos esté viendo los dos cuervos que, apenas empieza a arder la pira, se echan a volar desde una roca. Luego, poco a poco van regresando los compases del cancán. El Juez vuelve a la realidad y durante un instante se queda contemplando a Brígida sin demostrar el menor entusiasmo.

–Es obvio que una criatura tan excepcional como Brunilda no merecía ser interpretada por una mujer como usted –suspira.

—Pues muchas gracias —replica Brígida, pensando por primera vez que tal vez al Juez le falta algún tornillo.

—Ése es el pecado de los actores mediocres —sigue diciendo el Juez, como haciéndose esa reflexión a sí mismo—. Tienen la pretensión de representar a los más excelsos personajes sin desprenderse de sus mediocridades. Pero, en fin, Brunilda fue una mujer irrepetible. Esa divina mujer se fue y jamás volverá.

—No es usted de los que predicán con el ejemplo —observa Brígida—. Antes me obligó a cantar *Carmen* en francés y *El crepúsculo de los dioses* en alemán. Pero usted recita en español.

—Puede que tenga usted razón —admite el Juez—, puede que estemos utilizando demasiadas lenguas. Ya se lo dije antes. Deberíamos hablar un solo idioma que fuese común a todos los hombres. Algunas veces, cuando pienso en la torre de Babel (porque de vez en cuando hay que pensar también en esas cosas) se me ponen los pelos de punta. ¿Tenemos derecho a hablar cada cual un idioma distinto, arriesgándonos incluso a dejar la torre de nuestros sueños más hermosos a medio levantar?

En este momento, como transportada entre negros terciopelos, llega la voz espesa y dulce de un violoncelo. Lo que se escucha ahora es el primer movimiento del concierto de Dvorak. El Juez

vuelve a contemplar a Brígida sin la menor simpatía.

—Puede que la culpa sea mía —se lamenta, moviendo con pesadumbre la cabeza—. Puede que hubiese debido descubrir su ordinariez mucho antes. Por ejemplo, cuando me confesó que nunca se le había presentado la oportunidad de verle los testículos a un juez. ¿No fue eso lo que dijo?

—Estábamos hablando de asimetrías —puntualiza Brígida—. Luego una cosa me llevó a la otra.

—¿Y le parece que eso la justifica? —exclama el Juez, enrojeciendo de ira—. La verdad, señora mía, es que usted me dio el pego con ese disfraz. No puede ser, me dije, que una mujer que se atreve a representar el papel de Brunilda se refiera con tanta ligereza a los testículos de un juez.

—Hablabas en sentido metafórico —se justifica Brunilda.

—¡Sí, sí! ¡Hubiese debido darme cuenta antes! —suspira el Juez, contemplando las estrellitas de su reloj—. Una criatura tan excepcional como Brunilda no merecía ser interpretada por una mujer como usted. Ayer noche, al perderse por los subterráneos del Teatro, se ahorró usted el gran fracaso de su vida.

—¡Muy bien! —estalla Brígida, desafiante—. Ya que se pone usted en plan borde, le recordaré que también le dije que un juez zurdo y con los

testículos como garbanzos no podía ser un buen juez para la gente normal. Se lo dije entonces y se lo repito ahora.

La situación se está degradando por momentos. Las mujeres se mantienen expectantes y el Portero avanza un par de pasos hacia Brígida con la intención de taparle la boca. El Juez le detiene con un ademán.

—En fin, no vale la pena que nos alteremos —dice tras una breve pausa y recuperando una triste sonrisa—. Olvidemos nuestros problemas personales y cuénteme usted qué es lo que hizo a partir de las tres de la madrugada, después de despertarse en aquella cama con dosel.

Brígida cierra los ojos, se lleva la mano a la frente y trata de recuperar el hilo del relato. ¿Cuándo me quedé yo dormida?, piensa.

—Hace un rato —le recuerda el Juez— me dijo que se quedó dormida en una cama con dosel y cortinas de damasco rojo. Se despertó mientras en algún reloj estaban dando las tres de la madrugada. ¿Qué hizo luego?

—¿Qué le parece a usted que podía hacer en esas circunstancias? —suspira la cantante, recuperando de pronto la memoria—. Nada especial, se lo aseguro. Continuó la pesadilla. Salí de aquella alcoba y continué dando vueltas, abriendo y cerrando todas las puertas que encontré en mi camino. Ya que he perdido la oportunidad de can-

tar, me dije, tengo que encontrar cuanto antes la forma de salir a la calle.

—Ya ve usted lo que son las cosas —suspira el Juez, sacudiendo la cabeza de pera—. Entró en el Teatro llena de ilusiones y, tras el primer contra-tiempo, sólo aspiraba a encontrar el modo de salir.

—Pues sí —reconoce la mujer—. Lo único que me interesaba era encontrar una salida.

—Hay gente que no puede renunciar así como así a su ordinarietà habitual —se lamenta el Juez.

—De acuerdo, soy una ordinaria —reconoce Brígida—. Lo he sido siempre. Si me quita este disfraz se encontrará usted con una hortera de mucho cuidado.

—Déjese ahora de monsergas y cuénteme con más detalle qué es lo que hizo al salir de la alcoba.

—Se lo diré en pocas palabras —dice Brígida—. Salí de la alcoba, avancé por un pasillo, abrí unas puertas, cerré otras, subí por una escalera de caracol, bajé por otra, me metí por otro pasillo que olía a pescadito frito y llegué al mismo sitio donde había estado antes. No me detuve allí ni un segundo: avancé por un corredor mucho más ancho que los que había recorrido hasta entonces, iluminado por tulipas verdes, descendí al segundo sótano y volví a recorrer de punta a punta el pasillo de las bombillas azules de un extremo al otro.

—Un momento, que me parece que se está haciendo usted un lío —le interrumpe el Juez, consultando sus notas—. Usted dijo antes que ese pasillo de las bombillas azules estaba en el cuarto sótano, no en el segundo. Eso es, por lo menos, lo que tengo aquí apuntado.

—Pues si quiere que le diga la verdad, ya no lo sé —admite la cantante—. De lo que sí estoy segura es de que al final del pasillo de las bombillas azules encontré una escalera de mármol negro que subía hacia arriba en espiral. Empecé a subir por aquella escalera, llegué al final (estuve, por lo menos, diez minutos subiendo) y me di casi de narices con una puerta esmaltada de blanco. No me lo pensé dos veces: empujé la puerta y me metí en un palco.

—¡Por fin! —suspira el Juez—. ¡Ya la tenemos metida en un palco! Conozco esa escalera de mármol negro. Conduce directamente desde las entrañas del Teatro hasta las localidades más altas. Fue un error del arquitecto y hace cuatro años se pensó incluso en destruirla. Dígame, ¿qué hizo luego?

Y apenas acaba de formular esa delicada pregunta suelta un clamoroso estornudo. Ni siquiera ha tenido tiempo de llevarse el pañuelo a la boca.

¿Por qué será que los hombres estornudamos siempre en los momentos más inoportunos?, piensa, mientras se suena. ¿Tienen acaso esos

estornudos otra lectura que la puramente fisiológica?

Acaba de poner un poco de orden en su nariz y durante un instante vuelve a consultar los documentos que tiene encima de la mesa.

—No quiero aventurar hipótesis arriesgadas —dice, sin levantar la mirada de los papeles y hablando todavía por detrás del pañuelo—, pero me parece que su entrada en ese palco marcó un hito importante en sus idas y venidas por nuestro Teatro. ¿Recuerda en qué piso estaba? ¿En el segundo? ¿En el tercero?

—En el cuarto —responde Brígida—. Por encima de mi cabeza sólo tenía el gallinero. Desde allí pude ver por fin el escenario y la platea, doce o catorce metros más abajo. Todas las luces estaban encendidas, pero no había ni un alma.

—Hermoso espectáculo —suspira el Juez—. Hace cuatro meses volvimos a tapizar todas las butacas con un precioso terciopelo rojo. Con las luces encendidas, setecientas bombillas, el patio de butacas brilla como un mar de sangre.

—En aquel momento no tenía humor para admirar el paisaje —reconoce Brígida—. Lo que hice fue sentarme en una de las butacas del palco y tratar de imaginar lo que había pasado allí mismo siete horas antes, cuando debieron anunciar la suspensión de la representación.

—¿Está ya segura de que suspendieron la fun-

ción? ¿No admite la posibilidad de que en el último momento la sustituyesen por otra soprano?

Brígida se encoge de hombros. Prefiere que sea el propio Juez quien se responda a sí mismo.

—¿Hasta ese punto se considera usted insustituible? —insiste el Juez.

—Puede que una cantante de mi categoría no sea tan fácil de sustituir como otras personas —replica por fin la Schwarzeinstein, hinchando ligeramente el pecho.

—Muy bien, no nos detengamos otra vez a considerar ese aspecto de la cuestión —dice el Juez—. Puede que suspendiesen la representación, puede que no. Ya lo sabremos en su momento. Lo que más me importa ahora es saber cuánto tiempo permaneció usted en el palco.

—No lo sé, puede que diez o quince minutos. No demasiado tiempo, pero lo pasé muy mal, se lo aseguro.

—¿Por qué?

—Fue como si desde allá arriba estuviese asistiendo a la representación de mis propias frustraciones. Has perdido tu gran oportunidad, amiga mía, me dije, sintiendo que se me llenaban los ojos de lágrimas. Y luego, mientras recorría con la mirada el pasillo central que descendía entre las butacas hasta el foso de la orquesta, descubrí un pañuelo de encaje caído en el suelo.

—¿Cómo pudo distinguir desde tan lejos que

era un pañuelo de encaje? –le pregunta el Juez.

–Ésa es la clase de pañuelos que suelen perder las damas en los teatros de categoría –responde Brígida–. Ahí estuvo esta noche una dama que quería escucharme, me dije, hechizada por la visión de aquel pañuelo y por todo lo que representaba. Y luego me puse a pensar en la mujer que lo había perdido. ¿Quién era? ¿Cómo iba vestida? ¿De color turquesa? ¿De azul cobalto? ¿De rojo burdeos? ¿De verde oliva? ¿Llegó sola al teatro? ¿Vino acompañada? ¿Quién era en ese caso su acompañante? ¿Un magnate de la industria? ¿Un marqués? ¿Un coronel de caballería? ¿Qué tipo de relación existía entre esa mujer y el caballero que la acompañaba? ¿Hija? ¿Esposa? ¿Amante?

–Si se pone usted en ese plan, la lista de preguntas podría prolongarse hasta el infinito –la interrumpe el Juez, con una sonrisa divertida.

–Tiene usted razón, podría ser interminable –reconoce Brígida–. ¿Por qué perdió esa dama su pañuelo? ¿Y si lo hubiese dejado caer a propósito? ¿Lo perdió cuando anunciaron que la función había sido suspendida? ¿De qué modo recibió esa noticia? ¿Se limitó a fruncir ligeramente las cejas y a encogerse de hombros? ¿Se llevó, por el contrario, un gran disgusto?

–¿Era vegetariana? –continúa el Juez, decidido a aportar sus propios interrogantes–. ¿No lo era? ¿Le gustaba follar? ¿Tomaba las correspon-

dientes precauciones cuando se iba a la cama con sus amantes? ¿No las tomaba? ¿Afrontaba valerosamente todos los riesgos del amor?

Brígida comprende que el Juez le está tomando el pelo, pero en esos momentos se siente demasiado cansada para protestar.

—Le aseguro, amiga mía —sigue diciéndole el Juez—, que no nos hace falta demasiada imaginación para sembrar el universo de interrogantes. Somos hijos del misterio que viven y mueren en el misterio. No deja de ser curioso, sin embargo, que al hacerse todas esas preguntas pensase siempre en pasado, como si esa misteriosa dama del pañuelo no estuviese ya en este mundo. ¿Sabe qué significa eso?

—No —responde la Schwarzeinstein—. No lo sé. No tengo ni la menor idea.

—Significa —le explica el Juez— que quiso convertir a esa mujer en símbolo de todos los misterios con los que usted se estaba enfrentando y la situó inconscientemente en el pasado, en un pasado definitivo, sin posibilidad de enmienda. El pasado es siempre irremediable.

—Algunas veces me parece que se complica usted demasiado la vida —observa Brígida.

—Hay, de todos modos, otras preguntas importantes. Pregunta número uno: ¿Por qué no recogió el pañuelo algún acomodador? Pregunta número dos: ¿Y si los acomodadores lo hubiesen

dejado allí a propósito? ¿Y si ese pañuelito de apariencia tan inocente no hubiese sido más que la expresión mínima de un misterio tremendo?

—Me asusta usted —susurra la cantante—. Ve fantasmas por todas partes.

—¿Y si ese pañuelo hubiese formado parte de alguna conspiración?

Brígida no sabe qué responder. Se ajusta el casco a la cabeza —ya dijimos antes que le cae un poco grande— y se echa el velo de tul por encima de los hombros. Aquí estuvo un caracol, piensa, bajando la mirada al suelo y observando una vez más el rastro plateado.

—Ésas son las peores trampas —observa el Juez—. Las de apariencia más inocente. En esas trampas podemos caer todos, se lo aseguro. Y ya que piensa usted que veo fantasmas en todas partes, le diré que tal vez lo que alguien pretendió al abandonar allí aquel pañuelo fue hipnotizarla y mantenerla en el palco el máximo de tiempo posible.

—¿Y eso por qué? ¿Para qué? —pregunta la Schwarzeinstein—. ¿Qué le importaba a quien fuese que yo continuase o no continuase en aquel palco?

—Me parece muy claro. Lo que buscaban sus enemigos era que usted, obsesionada por el blanco resplandor del pañuelo sobre la alfombra roja, acabase saltando del palco. No me pre-

gunte, sin embargo, qué enemigos podían ser éstos.

—Pues si realmente es así, les salió el tiro por la culata —dice Brígida—. Recuerdo, eso sí, que hubo un momento en que pensé en descolgarme por una de las columnas y llegar al patio de butacas, pero al final me faltó valor.

—Fue una lástima. Desde la platea hubiera podido llegar fácilmente al vestíbulo, y desde el vestíbulo, salir por fin a la calle.

—Eso es lo que yo había pensado pero, como le digo, al final tuve miedo de romperme la crisma, así es que preferí salir del palco, buscar la escalera de mármol negro y sumergirme otra vez en las entrañas del Teatro.

—Muy bien, ya la tenemos otra vez ahí, en las tripas de la Ópera. ¿Qué hizo después? ¿Recorrer los mismos caminos de siempre, cada vez más desesperada?

—Cuando llegué al quinto sótano oí que estaban dando las cuatro de la madrugada. Di unas cuantas vueltas, me planté delante de la puerta pintada de verde, la abrí de una patada y me colé otra vez en la habitación de la cama con dosel y cortinas rojas.

—Un momento, un momento —le interrumpe el Juez, recurriendo otra vez a sus papeles—, usted me dijo antes que esa puerta estaba pintada de azul.

Brígida se encoge de hombros. Ese detalle, a su juicio, no tiene ahora la menor importancia.

—No siempre hay que buscar en los colores un simbolismo especial —dice—. Lo que sí me parece importante es que me colé en esa habitación y que otra vez me tumbé encima de la cama.

—¡Vaya por Dios! ¡Otra vez encima de la cama! —suspira el Juez, resoplando brevemente por la nariz—. Y lo más probable es que se quedase usted con las piernas abiertas de par en par, esperando el milagro del pan y de los peces.

—Es una pena que sea usted tan rijoso —se duele la Schwarzeinstein.

—No se preocupe —la tranquiliza el Juez—. No se preocupe porque en esta ocasión no pienso volver a preguntarle si pensó otra vez en el Fantasma de la Ópera.

—¿Por qué dice usted otra vez, como si antes ya lo hubiese pensado?

El Juez se encoge de hombros y lanza hacia la cantante una mirada taimada.

—Es usted muy listo —dice Brígida—. Lo que quiere es que reconozca que soy una cachonda.

—Si quiere que le sea sincero, no me importaría que lo reconociese —admite el Juez.

Brígida se queda contemplando con una media sonrisa la cabeza de pera del Juez. Lo más probable es que ese hombre sea producto de un parto difícil, piensa.

—Muy bien —dice luego—. Lo reconozco. Soy una cachonda. Me tumbé en la cama y me abrí de piernas, esperando al Fantasma de la Ópera. ¿No es eso lo que usted quiere escuchar?

—No se me ponga en ese plan —la amonesta el Juez— si no quiere que adopte yo también su lenguaje. Tal vez sea el único modo de entendernos.

—Usted y yo no nos entenderemos nunca —susurra la Schwarzeinstein.

—¿Reconoce pues que, por lo menos en aquella segunda ocasión, pensó usted en un follador fantasma que viniese a liberarla de todos sus antiguos traumas? ¿Se centraron en eso todas sus preocupaciones? ¿No pensaba ya en su debut frustrado por culpa de un error estúpido? ¡Oh, Dios mío! ¡Cuánta frivolidad! ¿Y su peregrinaje (en cierto modo, un peregrinaje metafísico, de profundas lecturas) por los interminables pasadizos del Teatro? ¿Cómo es posible que en aquellos momentos sólo pudiese pensar en follar? ¿Es usted de las que opinan que un buen polvo lo arregla todo? ¿Ni siquiera tuvo un recuerdo para su señora madre, que seguramente lo estaba viendo todo desde el cielo?

Brígida baja la mirada al suelo, abrumada por las preguntas.

—Es bueno, de todos modos, que haya reconocido usted sus malos pensamientos. Confesión hecha, penitencia espera. Y me alegro mucho de no

ser yo quien tenga que imponérsela. Continúe, ¿qué hizo luego, cuando se convenció de que nadie, ni siquiera un humilde tramoyista, se presentaba a consolarla?

—Cuando oí que daban las cinco en alguna parte —le explica Brígida, sin ánimo para defenderse—, salí de la alcoba y bajé al sexto sótano. Todas las puertas estaban pintadas de negro y todas, excepto una, estaban cerradas. Empujé la que estaba abierta y faltó poco para que me diese de bruces con un esqueleto.

—Estaba usted, efectivamente, en el sexto sótano —dice el Juez, con una leve sonrisa—. Conozco ese cuarto.

—Aquel esqueleto —recuerda la Schwarzeinstein— llevaba puesto un sombrero de copa y estaba sentado junto a una mesita de un solo pie y con una polvorienta botella de champán.

—¡Ay, ésa sí que fue una emocionante historia de amor! —suspira el Juez—. Hace años un caballero español se enamoró como un loco de una bailarina rusa. No se sabe muy bien si fue o no fue correspondido, pero cuando murió aquel caballero donó su esqueleto al Teatro. Pretendía que fuese utilizado como elemento decorativo en todas las escenografías en las que bailase su enamorada.

—Eso se lo acaba de inventar usted —dice Brígida, a punto de soltar una carcajada.

—Muy bien, continúe con su relato —dice el

Juez, sin tomarse la molestia de replicar a la cantante—. ¿Qué hizo cuando salió del cuarto de Don Olegario?

—Descendí por una rampa, me metí por un pasillo que se iba haciendo cada vez más estrecho y al doblar un recodo me dio otra vez en las narices el mismo olor a pescadito frito que ya había percibido antes. ¿Quién se atreve a freír boquerones en este Teatro?, pregunté varias veces a grito limpio, aun sabiendo de antemano que nadie iba a tomarse la molestia de responderme.

—Hace un ratoapestaba a sardinas asadas —observa el Juez—. Sus preguntas, de todos modos, me parecen un poco estúpidas.

—No tan estúpidas como usted piensa. Lo que yo necesitaba en aquellos momentos era oír mi propia voz. ¿Quién se atreve a freír boquerones en este sagrado lugar?, repetí varias veces. Y luego me puse a cantar que, al fin y al cabo, puede ser otra forma de protestar, por aquello de que quien canta, algo tiene en la garganta.

—Yo lo sé de otra manera —dice el Juez—. Quien canta, sus males espanta.

—Las canciones nos acunan y nos ayudan a sufrir —dice Brígida—, así que me dije que ya que iba vestida de Brunilda, podía aprovechar para cantar alguna cosita de *El crepúsculo de los dioses*. Y eso es lo que hice: me aclaré la voz y ataqué aquel fragmento en el que la infeliz Brunilda,

que las está pasando bastante canutas, empieza a cantar aquello de

¿Qué astucia de un espíritu maligno
yace aquí oculta?

¿Qué suerte de magia
produjo esto?

¿Dónde está ahora mi saber
contra esta confusión?

¿Dónde están mis runas
contra este enigma?

¡Ay, miseria, miseria!

¡Dolor, ay dolor!

¡Le transmití
todo mi saber...!

—Quinta escena, acto segundo —suspira el Juez—. ¿Por qué no me canta ahora ese mismo fragmento en alemán?

Las mujeres del cuarto aplauden. Les parece una excelente idea. También ellas prefieren escuchar a Brunilda cantando en alemán. Al Portero, sin embargo, le importa un comino. Se encoge levemente de hombros, pero su mirada de pez no se altera.

—De acuerdo —dice la Schwarzeinstein, tras pensárselo un momento—, voy a cantar ese fragmento como lo hubiese hecho ayer noche ahí arriba, pero no vuelva a decirme luego que mi alemán es malo.

Se levanta, se aclara la voz con unos cuantos gorgoritos, da un paso al frente, extiende los brazos en cruz y empieza a cantar:

*Welches Unholds List
liegt hier verhohlen?
Welches Zaubers Rat
regte dies auf?*

*Wo ist nun mein Wissen
gegen dies Wirrsal?
Wo sind meine Runen
gegen dies Rätsel?*

*Ach, Jammer! Jammer!
Weh, ach Weh!
All mein Wissen
wies ich ihm zu!*

Las mujeres aplauden y Brígida –aunque no puede verlas– se levanta y corresponde a los aplausos doblándose varias veces por la cintura. Los ojos, mientras tanto, se le llenan de lágrimas.

–Esta vez su alemán ha sonado bastante mejor –reconoce el Juez.

–Pues eso fue lo que fui cantando por los pasillos del sexto sótano –dice Brígida–. Nadie sin embargo, salió a responder mis preguntas. Nadie me dijo dónde estaba mi saber, o dónde se escondían mis runas.

—¿Está usted segura de que estaba en el sexto sótano, y no en el tercero, o en el segundo?

—Estaba en el sexto sótano, de eso estoy segura —responde Brígida—. Se lo dije antes. Cuando salí de la alcoba, que está en el quinto nivel, bajé al sexto sótano. Fue allí donde encontré la habitación con el esqueleto.

—Eso es cierto, el cuarto de Don Olegario está en el sexto sótano. Recuerde, sin embargo, que luego bajó por una rampa.

—Es cierto, bajé por una rampa, pero ya sabe usted lo que pasa con las rampas. Hay rampas que parece que bajan, pero que en realidad suben, aunque sea muy suavemente. Hay incluso algunas rampas que te dejan en el mismo sitio donde estabas antes. Por eso creo que continuaba en el sexto sótano. Lo que sí recuerdo muy bien es que quise volver al quinto sótano con la intención de tumbarme un rato en la cama con dosel. En aquella ocasión, sin embargo, tardé mucho en encontrar la puerta azul. Encontré otras puertas, pero las habitaciones estaban vacías. Luego, cuando por fin localicé la puerta azul, me encontré con que estaba precintada. Mucho cuidado, me dije, mucho cuidado porque esto significa que durante estos últimos minutos alguien ha estado aquí para precintar esta puerta.

—Me parece muy bien —susurra el Juez—. Alguien precintó la puerta de entrada a sus ensue-

ños más pecaminosos y usted no pudo tumbarse en la cama con dosel y cortinas de damasco rojo.

—¿Cómo sabe usted todo eso? ¿Conoce esa alcoba?

—Recuerde que fue usted quien me la describió antes. Llevamos bastante tiempo hablando y me ha contado ya muchas cosas. Dígame ahora si se atrevió a quitar el precinto.

—Le quité el precinto, pero luego me encontré con que estaba cerrada con llave. Esos bastardos han decidido negarme también la cama, pensé, a punto de echarme otra vez a llorar.

—¿A quién se refería, cuando pensaba en esos bastardos?

—En nadie en particular. Es decir, sí, pensaba en los que me habían preparado aquella encerrona y me tenían dando vueltas y más vueltas por las entrañas del Teatro sin permitirme encontrar una salida.

—De todas formas —observa el Juez—, esa obsesión suya por tumbarse en la cama con dosel empieza a olerme a chamusquina.

Brígida baja la mirada al suelo para evitar la mirada llameante de su entrevistador. Siente deseos de montar una pierna por encima de la otra, pero comprende que no es ésa la postura más adecuada para una mujer que va caracterizada de Brunilda y sobre la que existen graves acusaciones de ordinariez.

–¡Vamos, vamos, picaruela! –insiste el Juez–. ¿Otra vez estaba pensando usted en compartir esa cama con el Fantasma?

–No le diré que no –susurra Brígida, recorriendo con la mirada el rastro del caracol.

Seguro que ese infeliz caracol tuvo que soportar también muchas humillaciones, piensa otra vez. Aprieta los puños, se arma de valor y se queda mirando al Juez con descaro.

–De acuerdo –dice, pensando en el cálido sol que seguramente brilla siete pisos más arriba–. No le demos más vueltas. Se lo confesaré sin rodeos: me tocó las narices encontrar aquella puerta precintada y cerrada con llave. ¿Y sabe usted por qué me tocó las narices? Pues porque todas las madrugadas me pongo cachonda y me entran unas ganas locas de echar un casquete.

–Eso es justamente lo que yo me imaginaba –dice el Juez entornando los párpados.

Brígida levanta la mirada hacia el ventanal y entorna los párpados con expresión extasiada. En estos momentos se siente capaz de tomar el pelo a cualquiera.

–¡Ay, sí! ¡Hubiese sido estupendo que el Fantasma me hubiese encontrado despatarrada encima de aquella cama! –suspira.

–Me gusta mucho oírla hablar así –dice el Juez, resoplando por la nariz.

–Lo que pasa –le explica Brígida, adoptando

de pronto un aire intelectual— es que muchas veces follamos porque no somos capaces de analizar nuestros problemas y de encontrarles una solución. Nos abrimos de piernas y que salga el sol por donde quiera.

—Me parece una teoría interesante —susurra el Juez.

Las mujeres aplauden otra vez con entusiasmo. Puede que estén de acuerdo con la teoría de Brígida, pero puede también que hayan descubierto que la mujer se está burlando del Juez y lo celebren con aplausos. El Portero, mientras tanto, se encoge de hombros. Hace ya bastantes años que superó las inquietudes del sexo y no le impresionan las confesiones de la cantante. Su actitud es la de quien está escuchando una asignatura de la que nunca más volverán a examinarle.

—De todos modos —dice el Juez—, continuó sin comprender su obsesión por el Fantasma de la Ópera. ¿No le parece más lógico que, teniendo en cuenta que iba usted disfrazada de Brunilda, se hubiese metido en la cama pensando en Sigfrido?

Brígida von Schwarzeinstein está ya convencida de que el Juez es un perverso sexual, pero quiere continuar tomándole el pelo. Baja la mirada al suelo, como si no se atreviese a decir lo que está pensando.

—¿Cree usted acaso que los hombres que llevan antifaz, como el Fantasma de la Ópera, tienen

más posibilidades de éxito entre las mujeres?
–continúa preguntándole el Juez.

–Todos los hombres llevan siempre un antifaz puesto –suspira Brígida, adoptando inesperadamente el papel de víctima.

–¿Y no podría ser que usted, aunque fuese inconscientemente, hubiese entrado en este Teatro no para interpretar el papel de Brunilda, sino para tener oportunidad de descender al sótano y follarse al Fantasma?

–Nunca se sabe muy bien qué es lo que deseamos a nivel del inconsciente –responde Brígida, dispuesta todavía a decir todo lo que el Juez desea escuchar–, pero admito que pueda tener usted razón. A lo mejor lo de cantar fue sólo una excusa.

–Me gustaría conocer la letra de aquellos villancicos que usted cantaba en pleno agosto –dice el Juez–. Puede que ahí se esconda la clave de todo. ¿Las recuerda todavía?

El violoncelo de Dvorak se anima ligeramente y pasa del allegro ma non troppo del segundo movimiento al allegro moderato del tercero. La mirada del Juez tiene en estos momentos un brillo inquietante.

—¿Recuerda usted aquellos villancicos? —insiste—. ¿Está usted segura de que hablaban también de la estrella de Belén?

Brígida se siente de pronto demasiado cansada para continuar fingiendo. Quiere continuar la farsa pero sólo consigue una sonrisa polvorienta.

—Váyase usted a la mierda —susurra, desperezándose.

—Me encanta que suelte usted tacos —dice el Juez—. Me parece que es mejor que, por lo menos entre nosotros, nos quitemos el antifaz. Hablamos un mismo lenguaje, amiga mía, entre nosotros no valen ya más disimulos. Ahora estoy completamente seguro de que usted y yo acabaremos entendiéndonos.

Brígida se esfuerza por sacar otra sonrisa polvorienta de lo más profundo de su baúl, pero esta vez no lo consigue. No sabe qué responder y se queda con una mirada inexpresiva puesta una vez más en el rastro del caracol.

—¿Y si yo fuese el Fantasma de la Ópera? —le pregunta de pronto el Juez, mirándola fijamente a los ojos—. ¿Y si yo fuese ese misterioso personaje que puede hacerle vivir locas noches de amor?

—Ja, ja —responde Brígida, espaciando las dos carcajadas.

—¿Y si yo fuese ese caballero ardiente que

desde hace años vive sepultado en este sombrío universo, ocultando a todo el mundo su infelicidad?

–Ja, ja, ja –se ríe la mujer, mientras piensa cuál es el mejor modo de desengañar al Juez.

–¿Y si yo fuese el príncipe que estabas esperando?

El Juez es un hombre de recursos y para dar más énfasis a su declaración decide cubrirse el rostro con un antifaz de seda que lleva siempre en el bolsillo.

–¿Y si yo fuese, princesa mía, el hombre que te puede follar como nadie te ha follado nunca?

–Le suplico que no me tienda más trampas –responde Brígida von Schwarzeinstein, tapándose los oídos.

–¿Qué trampas ni qué niño muerto? –exclama el Juez, llevándose la mano derecha a la entrepierna–. ¿Cree que es una trampa lo que me estoy cogiendo en este momento con la mano?

–Ahora comprendo por fin cuál es su trabajo –responde la mujer, procurando conservar la calma–. A usted le pusieron en estos subterráneos para comprobar la decencia de las cantantes extraviadas.

–¿Y si yo fuese –insiste el Juez, enronqueciendo ligeramente la voz– ese Priapo caballero y gentil con el que sueñan sin saberlo todas las sopranos?

–Me parece mentira que un hombre como usted pueda decir semejantes barbaridades –le contesta Brígida.

Deja de oírse bruscamente la voz del violoncelo –como si alguien hubiese decidido de pronto cortarle todas las cuerdas con un solo tijeretazo– y el Portero estornuda una vez más y se queda con la mirada puesta en el suelo. Da la impresión de que con el estornudo se le ha roto el muelle del cuello. En estos momentos las mujeres que están al otro lado de la puerta no se atreven a rechistar. No tienen ni idea de lo que puede pasar a partir de este momento, pero de lo que todas están convencidas es de que falta todavía mucho para que Brígida vea colmada la copa de su amargura.

–Es cierto, no hablaba en serio –suspira el Juez.

Aparta lentamente el antifaz del rostro y reaparece su mirada mortecina de siempre. Sus ojos han perdido en un instante toda la brillantez de hace un momento.

–No tiene usted un pelo de tonta, amiga –dice, volviéndose a guardar el antifaz en el bolsillo–. Ha superado usted la prueba de fuego. Por un momento temí que fuese una de esas fulanas que lo olvidan todo por un buen polvo. Felicidades. Muchas colegas tuyas han picado el anzuelo.

Recoge todos los papeles que tiene encima de

la mesa y los guarda en una carpeta roja que ha sacado del cajón. Se suena luego en su enorme pañuelo de cuadros y busca con la mirada al Portero.

—Sigamos adelante —dice—. Estábamos en el momento en que usted no puede abrir la puerta azul. No le busquemos tres pies al gato y quedémonos simplemente con los hechos: usted no pudo abrir la puerta azul y, por lo tanto, no pudo llegar a la cama con dosel. ¿Y luego? ¿Qué hizo luego?

—Subí otra vez al pasillo de las bombillas azules, llegué hasta la escalera de mármol negro, y poco a poco, apoyándome en la barandilla con las dos manos, subí al cuarto piso. Otra vez me di de narices con la puerta esmaltada de blanco, pero me faltó el valor suficiente para meterme en el palco, asomarme al patio de butacas y comprobar si el pañuelo continuaba en el mismo sitio. Bajé otra vez al primer sótano y entonces empezaron a dar las seis de la madrugada.

—No sé si cuando son ya las seis resulta correcto hablar todavía de madrugadas —observa el Juez—. A mí, personalmente, me parece más indicado hablar de las seis de la mañana. En fin, oyó usted seis campanadas, eso es lo que importa ahora. ¿Y luego?

—Ahora recuerdo —dice la Schwarzeinstein— que no fue sólo un reloj el que dio las seis de lo

que fuese. Fueron, por lo menos, cincuenta, y ninguno iba exactamente a la misma hora. Eso quiere decir que me pasé cinco minutos oyendo campanadas.

—¿Cincuenta relojes? ¿Tantos?

—Puede que fuese cosa del eco, pero a mí me pareció que sonaban por lo menos cincuenta.

—¿Y cómo interpretó usted ese asincronismo?

—Pensé que alguien, tal vez el mismo que antes había precintado la puerta de la alcoba, andaba por los sótanos manipulando los relojes.

—Ésa es, también, otra forma de desconcertar a la gente —opina el Juez, con acento sombrío—. No permitirles conocer cuál es la hora de su vida que están viviendo. Todas las horas hieren, pero es la última la que mata. ¿Conoce usted ese refrán? Tal vez fue eso lo que quisieron recordarle.

—Pues no lo sé. Sólo sé que mientras sonaban las campanadas estuve como clavada en el mismo sitio, sin valor para dar un paso. Luego, cuando por fin regresó el silencio, continué avanzando seis o siete metros, llegué al final del pasillo y me di la vuelta. Pasé por los mismos sitios por donde ya había pasado hacía un rato y descubrí una puerta que no había visto hasta entonces porque estaba forrada con el mismo papel que servía para empapelar las paredes.

—Una puerta camuflada, eso es lo que seguramente quiere usted decir —observa el Juez.

–Me di cuenta de que aquella puerta estaba sólo entornada y me metí en una habitación hexagonal que tenía el techo luminoso y las paredes recubiertas de espejos.

–He oído hablar de esos cuartos, pero nunca estuve en uno –dice el Juez–. Parece ser que todos los que entran acaban odiándose muy pronto a sí mismos.

–Lo único que puedo decirle es que no fue nada agradable verme reflejada al mismo tiempo en tantos espejos. Y sobre todo, verme con cara de tonta, embutida en un disfraz absurdo y sin saber qué camino tomar.

–Querían que usted se contemplase a sí misma en toda su ridiculez. Ese cuarto es como uno de esos palacios de las ilusiones que pueden visitarse en algunos parques de atracciones. Basta un solo árbol para construir un bosque.

–En mi caso no vi árboles ni bosques –puntualiza Brígida–. Sólo mi propia imagen multiplicada hasta el infinito.

–Cruel suplicio entonces –opina el Juez–, porque no es usted lo que se dice una mujer hermosa.

Ha pronunciado esas palabras con la ceja izquierda levantada y la expresión de los que, por mantenerse fieles a la verdad, deben manifestar una opinión o un juicio de valor que les desagrada.

—Pues mire usted —replica la Schwarzeinstein, un poco picada otra vez en su amor propio y sin recordar que desde que nació todo le está saliendo rematadamente mal—. La suerte de la fea, la guapa la desea.

—Usted sabrá cuál es su suerte —dice el Juez, encogiéndose de hombros—. Volvamos a lo nuestro. Hábleme un poco más de ese cuarto.

—No puede imaginarse lo que sufrí en medio de tantos espejos —recuerda Brígida—. ¿Quién es esa imbécil disfrazada de Brunilda?, me pregunté. ¿Soy realmente yo? ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Por qué no estoy en mi casa haciendo calceta y viendo el último culebrón de la tele? ¿Quién me mandó que me metiese en camisa de once varas?

—Eso es también lo que ellos se proponen algunas veces —observa el Juez, sacudiendo la cabeza—. Que la gente renuncie a sus más caras ilusiones y se quede en casa viendo la televisión, aunque no sean esos culebrones a los que usted se refiere.

Brígida se oculta la cara con las manos. Cuando vuelve a dejar el rostro al descubierto sus labios no son más gruesos que el filo de un cuchillo.

—En fin —dice—. No pude resistir mucho tiempo contemplando mi frustración repetida hasta el infinito, así que salí de aquel cuarto llorando como una Magdalena y me fui corriendo por los

pasillos gritando que era preferible que me matasen de una vez y me ahorrasen tantas humillaciones.

—Eso es una de las cosas que más les incomoda, que les digan lo que tienen que hacer o no hacer —observa el Juez—. Esa gente es muy suya.

—Algunas veces habla usted de ellos como si realmente les conociese —dice Brígida—. ¿Realmente les conoce usted? ¿Sabe quiénes son?

—Me han hablado de ellos otras mujeres como usted. Y siempre me cuentan lo mismo.

—Lo cierto —recuerda la Schwarzeinstein— es que, respondiendo de algún modo a mis gritos, cortaron la luz y me quedé a oscuras. Yo creo que lo hicieron para que dejase de dar chillidos. Entonces me quedé quieta en un rincón, sin atreverme a rechistar, a ver qué pasaba. Cuando vi que no pasaba nada y que la luz no volvía, avancé a tientas por el pasillo y cuatro o cinco pasos más allá tropecé con una linterna sorda.

—¿Cómo pudo saber usted que era una linterna sorda, si estaba a oscuras? —le pregunta el Juez.

—Palpándola —le responde la cantante—. Lo mejor fue que un par de metros más lejos encontré una caja de cerillas, de las de cocina, que, como usted seguramente sabe, son un poco más grandes que las otras cajas. Continúa el juego, pensé entonces. Alguien ha cortado la luz sólo

para darse el gustazo de arrojarme a los pies una linterna sorda y una caja de cerillas. Esos granujas quieren comprobar si soy capaz de servirme de la linterna.

—No es fácil encender esa clase de linternas, y menos aún en la situación en la que usted se encontraba —opina el Juez.

—Me pasé un buen rato descabezando cerillas antes de que consiguiese encender una. Creo que fue la última que me quedaba. Encendí por fin la linterna y pude ver un poco a mi alrededor. Tampoco en los tiempos de las walkirias había luz eléctrica, me dije. Ya ve usted qué cosas tan tontas se nos ocurren de vez en cuando para darnos ánimo. Me metí por nuevos pasillos, olí otra vez a pescadito y me detuve ante una enorme puerta de dos hojas, que estaba entornada. Adelante, me dije. Y me metí dentro. En ese instante volvió la luz y me encontré en un almacén lleno de vigas de hierro, cabestrantes, rieles, poleas, ganchos y cadenas.

—Sé dónde está ese almacén —dice el Juez—. Ahí guardamos la maquinaria que se utiliza para mover los grandes decorados.

—Vi también castillos y barcos de cartón —recuerda Brígida—. Y vi, sobre todo, un firmamento azul con nubes blancas y pájaros multicolores en forma de uve volando hacia un sol que estaba pintado detrás de una montaña.

—¿Un sol de amanecer? ¿Un sol de ocaso? ¿Era, tal vez, un sol parecido a éste? —pregunta el Juez, mostrando a Brígida la cuartilla sobre la que antes dibujó otro sol con pestañas y pecas.

—Más o menos —responde la cantante—. Todos los soles se parecen bastante. Pero lo que más importaba en aquel decorado no era el sol, sino los pájaros. Creo que eran golondrinas. Si yo fuese una golondrinita, pensé, podría escaparme ahora mismo por ese cielo.

Desciende la mirada al suelo y permanece en silencio, recogida en sí misma. Esta vez no se fija en el rastro plateado del caracol. Puede que en estos momentos esté pensando en las golondrinas pintadas en el cielo del almacén. De pronto se lleva las dos manos a la frente y se palpa los dos cuernos.

—Sí, sí, no se preocupe —la tranquiliza el Juez—, todavía continúa disfrazada de Brunilda. Eso es lo único que queda de sus sueños de ayer: un disfraz barato.

En este momento los sonos del violoncelo regresan muy lentamente con la delicadeza de una espesa voluta de humo que asciende hacia el techo. El Portero se acerca a la puerta y pega la oreja a la cerradura. Le preocupa que las mujeres no den ahora señales de vida.

—Lo peor, sin embargo —observa el Juez—, no es disfrazarnos para los demás, sino disfrazarnos

para nosotros mismos. Eso es lo más grave. Nos vestimos de Brunilda, de Lohengrin, o de Tosca, o de Madame Butterfly y en el fondo de nuestra conciencia tenemos la esperanza de que, gracias al disfraz, acabaremos participando de la grandeza y de la poesía de esos personajes.

Brígida sigue palpándose los cuernos, como si aún no estuviese segura de que continúa con el casco puesto.

—Lo que pasa —prosigue el Juez— es que usted no tiene un pelo de tonta y sabe perfectamente que ni las barbas hacen al filósofo, ni los hábitos al monje y que no todos los que tienen una cítara en las manos pueden considerarse rapsodas. He aquí, pues, la pregunta que voy a hacerle ahora: ¿Por qué no renunció usted, señorita Von Schwarzeinstein, a ese ridículo disfraz? ¿Por qué no lo hizo al ver que le negaban una y otra vez todos los accesos al escenario? ¿Por qué continuó arrastrando esos pesados ropajes por todos los pasadizos de este Teatro? ¿Por qué no tuvo usted el amor propio de renunciar a esa vestimenta y a esos ridículos cuernos para reencontrarse con su verdadera identidad y recuperar el orgullo pisoteado? ¿No le parece que hubiese resultado más digno quedarse en paños menores?

Brígida alza inesperadamente la cabeza.

—¿Y por qué no se rebela usted contra los que le obligan a trabajar en estas catacumbas? ¿Por

qué no asciende en busca del sol? ¿Quién es usted para dar consejos a los demás?

Se esfuma el sonido del violoncelo y sigue un silencio tenso. El Juez se suena ruidosamente y por encima del pañuelo de cuadros lanza a Brígida una mirada resentida.

—Recuerde que es a usted a quien estamos juzgando, así que no me salga otra vez por peteneras —dice, sin quitarse todavía el pañuelo de la nariz—. Lo que yo aconseje o deje de aconsejar a los demás no tiene ahora la menor importancia. Dígame cuánto tiempo se pasó en el almacén, contemplando aquellas golondrinas pintadas.

La Schwarzeinstein continúa con la cabeza levantada.

—No lo sé, tal vez diez o quince minutos. Al salir bajé por una escalera de madera, pero no me pregunte cuánto tiempo estuve bajando y si llegué al tercero, al cuarto o al quinto nivel. En aquellos momentos estaba ya hecha un verdadero lío. Lo único que puedo decirle es que aquella escalera parecía descender hasta las entrañas de la tierra. Me asomé por el hueco para ver si podía ver el final y se me cayó la linterna que llevaba todavía en la mano. Estuve un buen rato escuchando con

la respiración contenida y al cabo de un par de minutos la oí llegar al fondo del pozo.

—No me venga con cuentos chinos —la interrumpe el Juez—. Si esa linterna estuvo dos minutos cayendo, es imposible que oyese el golpe.

—¿Por qué está tan seguro? —le pregunta la Schwarzeinstein.

—Porque entonces la linterna estaba ya demasiado lejos, amiga mía. Una linterna sorda no es una bomba.

—¿Y si le dijese que tengo el oído muy fino?

—Déjese de fantasías. Me ha dicho que se le cayó la linterna por el hueco de la escalera y punto. ¿Qué pasó luego?

—Volvieron a cortar la electricidad y me quedé otra vez a oscuras. La verdad es que no me extrañó mucho que la volvisen a cortar, porque eso es lo que pasa casi siempre que hay una avería: parece que ya la han arreglado, pero sólo son pruebas. En fin: me agarré con las dos manos a la barandilla de la escalera y continué bajando peldaño a peldaño. Antes o después llegaré al final, me dije.

—Pues ahora soy yo quien le dice que nunca es aconsejable llegar al final —dice el Juez—. Es mejor esperar a que sea el final el que, antes o después, llegue hasta donde estamos nosotros.

—Lo que yo buscaba era llegar al fin de aquella escalera y encontrar algún pasadizo que

me comunicase con las alcantarillas de la ciudad.

El Juez lanza una mirada de inteligencia al Portero.

—Así sucede muchas veces en el gran teatro del mundo —suspira—. Llegamos montados en una carroza resplandeciente y luego lo abandonamos arrastrándonos por las cloacas.

—Cualquier camino es bueno para escaparse del infierno —dice la Schwarzeinstein.

—¿Encontró el pasadizo?

—Usted perdone, pero me parece otra de sus preguntas estúpidas. Si lo hubiese encontrado no estaría ahora aquí, soportando este interrogatorio. Ni siquiera tuve valor para llegar al final de la escalera. Me metí por otro pasillo (recuerde que andaba a tientas, con los brazos extendidos al frente como un parachoques) y de pronto, al doblar un recodo, descubrí a lo lejos el resplandor rojizo de otra linterna sorda, idéntica seguramente a la que yo acababa de perder. ¡Alguien viene!, me dije, pensando que iba a estallarme el corazón. Y cerré los puños porque no sabía si quien se acercaba acudía con intención de ayudarme o si lo hacía para rematar la faena y darme la puntilla.

—¿De qué faena me habla?

—De la faena que habían empezado los que se las ingenieron para que me perdiese al salir del camerino.

—¿Todavía se empecina usted en echar la culpa a los otros de sus propios errores?

Brígida piensa que no vale la pena responder.

—Me ha dicho usted que al descubrir el resplandor de la linterna se preparó para lo peor y cerró los dos puños. A mí no me parece normal, sin embargo, que las mujeres cierren los puños ante un hipotético peligro, como si fuesen especialmente aptas para defenderse a puñetazo limpio. ¿No le parece más lógico que, ante cualquier amenaza, las mujeres confíen sobre todo en sus uñas y se limiten a crisar las manos?

—Es usted un machista de padre y muy señor mío, ya se lo dije antes. Usted piensa que las mujeres no somos también hijas de hombre.

—Lo que quiero decirle, señorita Von Schwarzeinstein, es que algunas veces descubrimos el plumero en los detalles más tontos. Al referirse a sus puños, usted se ha expresado como un hombre. Ha descubierto una psicología masculina. Atención, pues, a la pregunta que voy a hacerle ahora: ¿Y si usted fuese en realidad un hombre? ¿Y si ahora mismo yo estuviese entrevistando a un travesti? ¿Tengo pruebas de que usted sea realmente la soprano que aparenta? ¿Y si usted fuese en realidad un barítono, o, por lo menos, un tenor emboscado?

—Ja, ja —se ríe Brígida.

—¿Cree usted que en estos tiempos que vivimos podemos estar seguros del sexo del vecino?

—Ja, ja —sigue riéndose Brígida, sin poderse contener.

El Juez también acaba sonriendo. En su fuero interno reconoce que en esta ocasión se ha pasado un poco de rosca.

—En fin, volvamos atrás —dice—. Usted vio el resplandor de la linterna y temió que el que la sostenía pudiera tener peores intenciones que un miura.

—Así es —responde Brígida, sin borrar todavía la sonrisa de sus labios.

—Piensa mal y acertarás. ¿Es usted de las que practican sistemáticamente la desconfianza?

—No en circunstancias normales, pero no olvide usted la penosa situación en la que me encontraba.

El Juez entorna los párpados. En estos momentos tiene el antebrazo izquierdo sobre la mesa y la barbilla apoyada en la mano derecha. Extiende inesperadamente el dedo índice de la diestra y sin apenas necesidad de modificar la postura se acaricia la punta de la nariz.

—Detengámonos un poco más en el momento en el que usted descubrió el resplandor de la linterna. ¿Cree que quien sostenía esa linterna pudo verla también a usted, que andaba a oscuras?

—Supongo que sí —responde la cantante—. Algo, por lo menos, debió de ver. Puede que me intuyese en las tinieblas.

—¿Usted cree que en lo oscuro todo es uno? ¿Le parece que en la oscuridad tanto vale lo negro como lo blanco?

—Lo que pretendía decirle —le explica Brígida, sin entender muy bien adónde quiere ir a parar el Juez— es que quien se alumbraba con aquella linterna debió de barruntar que se estaba acercando alguien en dirección contraria.

—Puede que la olfatease —susurra el Juez—. Yo creo que algunas personas son capaces de olfatearse en el peligro, antes incluso de que puedan verse.

Abre la carpeta, saca los papeles que guardó hace un momento y los reparte por encima de la mesa. De ese modo tan sutil pretende dar a entender a la mujer que todavía falta mucho para que dé por finalizado el interrogatorio.

—Seguramente —dice luego— la persona que se acercaba era otra cantante perdida.

El Portero asiente con un breve movimiento de cabeza pero sigue preocupado por el largo silencio de las mujeres.

—Eso es lo que pensé —suspira Brígida.

—¿Qué es lo que pensó usted?

—Pues eso, que no era la única cantante que vagaba por los sótanos del Teatro.

—En efecto, no lo es. No sé si ya se lo dije antes. En estos momentos tenemos por lo menos otras veinticinco o treinta cantantes dando vueltas. Sopranos, mezzosopranos y contraltos. Nuestros subterráneos son enormes, pero no es extraño que de vez en cuando se encuentren.

—¿Y no hay ningún hombre? Se lo pregunté antes. ¿Ni un solo barítono? ¿Ni un solo tenor o un solo bajo? ¿Todo son mujeres?

El Juez se encoge de hombros.

—¿Es posible que no tengan ustedes ni un solo Sigfrido? ¿Ni un Alfredo o un Mario Caravadossi?

—Ni uno. Ni siquiera como muestra. Yo creo que los hombres calculan mejor cuáles son realmente sus posibilidades y no se meten en tantos berenjenales.

—Había olvidado que no siente usted mucha simpatía por las mujeres —dice Brígida.

—¿Yo? ¿Que no simpatizo con las mujeres? ¿De dónde ha sacado eso? Le aseguro que se equivoca, mi querida amiga. Las mujeres, incluso a mis años, serán mi perdición.

Y se queda contemplando a Brígida como algunos hambrientos miran una pierna de pollo. Se atreve incluso a insinuar un leve ronquido y relamerse los labios con la lengua.

—No pretenda impresionarme —observa Brígida—. No me extrañaría un pelo que ni siquiera se le empinase.

—¡Ja, ja! ¿Eso es lo que usted supone? ¿Que no se me empina? ¿Por qué se le ocurren esas cosas? ¡Menuda Brunilda nos hubiera salido usted! ¡Antes se metió con mis testículos y ahora se atreve a decir que no se me empina! ¿Usted piensa de verdad que no se me levanta? ¿Quiere que se la enseñe? ¿Es eso lo que está esperando?

Las mujeres dan por fin señales de vida. No son ellas quienes deben contestar, pero responden a las preguntas del Juez con largos chillidos. El Portero sonríe. Esas fulanas continúan encerradas ahí dentro, piensa, y yo continuo aquí, firme en mi puesto, montando guardia junto a la puerta.

—Nada ha cambiado —se dice también—. Todo sigue como siempre y mi vida continúa teniendo sentido.

No es tan extraño, al fin y al cabo, que los carceleros necesiten de los presos para sentirse útiles. Brígida, mientras tanto, aprieta los dientes con tanta fuerza que se le abultan los músculos del mentón.

—Lo mejor, señora mía —le dice el Juez, moviendo los papeles como si estuviese haciendo un solitario—, sería que, a estas alturas, se dejase usted de gaitas y me confesase de una vez toda la verdad.

—Usted sabe que nuestras verdades no coin-

ciden –susurra Brígida, que ha vuelto a aflojar las mandíbulas.

El Juez guarda silencio y continúa moviendo de un sitio a otro los papeles que tiene encima de la mesa. Como los hay de distintos colores, ahora se entretiene agrupando los rojos con los rojos, los verdes con los verdes, los amarillos con los amarillos y los blancos, obviamente, con los blancos.

No es posible, piensa mientras tanto, que dos verdades, si son verdades, no coincidan.

–Recapitulemos –dice de pronto, formando un solo montón con todas las hojas.

Mete todos los papeles en la carpeta roja, guarda la carpeta en el primer cajón de la mesa –no en el mismo cajón de donde la sacó antes, sino en el cajón de abajo– y abarca a Brígida von Schwarzeinstein con una mirada en la que puede leerse por anticipado toda la dureza de una sentencia condenatoria.

–Corríjame si me equivoco. Todavía estamos a tiempo de introducir algunas correcciones. Usted se llama Brígida von Ribbentrop.

–¿Quién le dijo eso? ¿Von Ribbentrop? ¿De dónde ha sacado usted ese apellido?

—Quiero decir Von Schwarzeinstein. Perdón el lapsus. Su madre se llamaba Brunilda y era una mujer gorda que tenía otras amigas igualmente gordas. Perdió a su padre cuando aún era una niña. Las amigas de su señora madre se reunían cada jueves por la tarde en su casa y se atiborraban de pasteles mientras usted les cantaba villancicos, aunque estuviesen en pleno agosto y la gente fuese casi en cueros por las calles.

—Así es —reconoce Brígida.

—Me ha dicho también —prosigue el Juez, que está demostrando poseer una memoria envidiable— que entró en este Teatro para interpretar el papel de Brunilda en *El crepúsculo de los dioses*.

—Exacto —susurra la Schwarzeinstein.

—Muy bien. Hasta aquí me parece todo más o menos correcto. Cada cual tiene derecho a cantar lo que le apetezca. Quien canta, sus males espanta y, como decía el poeta, una canción nos acuna y nos ayuda a sufrir. Lo malo son las interpretaciones que luego hacemos de nuestras propias canciones.

—Eso es cierto —susurra Brígida.

—Sigamos —dice el Juez—. El regidor o quien fuese la condujo a su camerino, la maquillaron a conciencia y en los últimos momentos pidió que la dejaran a solas para concentrarse, es decir, para recogerse y meditar. De pronto tuvo miedo. Comprendió en su fuero interno que las ranas

nunca pueden ser bueyes y cuando la llamaron para acudir al escenario decidió que lo mejor era perderse por los subterráneos del Teatro.

—Eso es lo que supone usted —replica Brígida.

—En eso no fue usted ni mejor ni peor que otras colegas suyas, que entraron también aquí con la intención de comerse el mundo. Usted, sin embargo, no se atrevió a dar la cara y en el último momento decidió inventarse un zumbido para justificar su desorientación. Una excusa ciertamente original. Se ha pasado toda la noche dando vueltas, tratando de no encontrar el camino que la hubiese conducido al mundo de las responsabilidades. Esta mañana la condujeron a esta sala y lo primero que se le ocurrió, seguramente para despertar mi benevolencia, fue sacar a relucir el cuento de su madre gorda y de los villancicos en agosto y, sobre todo, la excusa de su asimetría. Tengo el ojo derecho más grande que el izquierdo, me dijo, poniendo una boquita de piñón. Y luego, con esa misma excusa de la asimetría, se interesó usted por mis testículos.

—Usted sabe muy bien que eso no fue exactamente tal como usted lo cuenta —puntualiza la Schwarzeinstein.

—¿Cómo que no fue así? —la desafía el Juez.

—Estábamos hablando de los hombres asimétricos —le recuerda Brígida—. Le pregunté si los hombres asimétricos eran capaces de juzgar a los

que no son asimétricos, es decir, a los hombres simétricos y usted me dijo que la simetría no era de este mundo. Luego la cosa se fue liando.

—Es inútil, señorita, no me venga ahora con excusas de mala pagadora —la interrumpe el Juez—. Lo cierto es que hace un rato le dije que lo que usted había venido a buscar a este Teatro, aunque usted no lo supiese, era que se la follase el Fantasma de la Ópera. Se lo solté con estas mismas palabras y usted se me hizo entonces la estrecha. No comprendo cómo un hombre como usted puede ser tan vulgar, me dijo, arrugando la nariz. Pero luego acabó reconociendo que tenía razón. Soy una pecadora, vino a decirme. Y hace un momento ha decidido por fin quitarse definitivamente la careta y ha llevado su osadía y su impudicia hasta el extremo de acusarme de impotente.

—¡Ja, ja, ja! —se ríen las mujeres.

Lo hacen con cierto desgarro, forzando y espaciando las carcajadas, como si lo que han estado escuchando durante estos últimos momentos no les hubiese hecho ninguna gracia. Nadie podría saber, además, si se ríen de la arriesgada suposición de la Schwarzeinstein, o si, por el contrario, se burlan de las graves limitaciones del Juez. Lo más probable, de todos modos, es que se ríen de Brígida para congraciarse con el hombre que ya no puede tardar mucho en interrogarlas.

—No se preocupe, que lo mío es cuestión puramente administrativa —dice el Juez, que supone que Brígida está a punto de echarse a llorar—. Ya se lo dije en su momento: serán los jueces quienes dicten la sentencia correspondiente. En esa carpeta roja encontrarán suficiente información. Lo que sí me gustaría ahora, y se lo pido de una forma oficiosa, es que me contase el final de su historia.

—¿Cree que vale la pena? ¿No ha cerrado ya esa carpeta definitivamente?

—No quiero negarle la oportunidad de que pueda sorprenderme con un final feliz —dice el Juez.

—No hay final feliz —susurra Brígida—. Usted mismo lo está viendo.

—Si lo que me cuenta a partir de este momento vale la pena y puede influir en su culpabilidad o en su inocencia, volveré a abrir la carpeta y dejaré constancia de los nuevos datos.

—Ni siquiera creo que en los papeles que guarda en esa carpeta haya escrito algo que valga la pena —dice Brígida.

—Nos habíamos quedado —recuerda el Juez, sin tomar en consideración las últimas palabras de la soprano— en el momento en que usted descubrió al final de un pasillo el resplandor rojizo de otra linterna sorda. Continúe a partir de ese momento.

El coro de mujeres decide respaldar las últimas palabras del Juez con otra salva de aplausos. No hay nada que aplaudir, pero ellas aplauden. El Portero resopla por la nariz –no necesita sumarse al coro de aplausos para que el Juez sepa que está de su lado– y otra vez una misteriosa corriente de aire ondula apenas los tapices violeta que cuelgan de los muros.

Mientras las mujeres aplauden, Brígida levanta la mirada por encima del Juez y se queda contemplando una vez más el ventanal de cristales traslúcidos. Nadie se lo ha dicho, pero sabe que de nada le serviría asomarse a esa ventana y pedir auxilio a grito limpio. Está convencida de que ese ventanal se abre a otro espacio igual al que está ahora, y que, a su vez, ese nuevo espacio tiene otra ventana abierta a otro espacio idéntico y que la sucesión de espacios idénticos y de ventanas se prolonga hasta el infinito.

El Juez carraspea. Está esperando que la soprano le cuente el final de la historia y empieza a perder la paciencia.

–Estábamos en lo del resplandor rojizo –le recuerda.

–Pues eso –susurra Brígida, bajando una vez

más la mirada al suelo—. Seguí por el pasillo y al doblar un recodo distinguí a lo lejos el resplandor de otra linterna sorda.

El Juez enarca las cejas. En esta segunda parte del interrogatorio —a pesar de que cerró ya la carpeta roja— parece más minucioso y desconfiado que antes.

—¿Por qué dice usted «otra» linterna sorda, como si en aquel momento usted conservase todavía la suya entre las manos y pudiese compararlas? ¿Acaso no se le había caído por el hueco de una escalera? ¿No me dijo antes, aunque fuese exagerando lo suyo, que tuvieron que pasar dos minutos antes de que la oyese llegar al fondo? ¿No suele utilizarse el adjetivo «otro» cuando queremos referirnos a una cosa distinta de aquella de la que estamos hablando, pero con la que coexiste y con la que podemos comparar?

—No le entiendo —susurra Brígida.

El Juez comprende que se ha hecho un lío. Lo que quiere decir —pero no sabe explicar— es que hemos de andarnos con cuidado cuando estamos contando una historia porque en el modo de construir una frase o incluso en el simple hecho de elegir una palabra —y no cualquier otra que signifique lo mismo— podemos dejar al descubierto los pliegues más profundos de nuestro subconsciente y mostrar nuestras falacias al mundo.

–Vamos a ver –dice, complicándose aún más la vida–. Lo que quiero decirle es que usted no hubiera debido decir «otra linterna sorda», si es cierto, como me dijo antes, que había perdido la suya.

–Sigo sin entenderle –repite Brígida.

–¿Y si usted, al utilizar el adjetivo «otra», me estuviese descubriendo, sin proponérselo, claro está, que en aquellos momentos conservaba todavía la suya entre las manos y que, por lo tanto, no estaba completamente a oscuras?

–¿Por qué iba a decirle una cosa por otra? ¿Qué ganaría ahora mintiéndole de ese modo?

El Juez se queda un momento pensativo, pero no sabe qué responder. Puede que también él empiece ya a sentirse demasiado cansado, y que a estas alturas del interrogatorio los dedos se le antojen huéspedes. Consulta su reloj de pulsera y advierte que las estrellitas ya no parpadean. Esto se acaba, piensa. Hace ya bastante rato, sin embargo, que siete pisos más arriba salió el sol y empezó un nuevo día.

–Aquella linterna –prosigue Brígida, sin necesidad de que el Juez se lo pida– fue acercándose lentamente y se detuvo a un par de metros escasos de donde yo estaba. No pude distinguir, sin embargo, quién la sostenía porque me deslumbraba el resplandor. Cerré los puños, sí, sí, eso fue lo que hice, aunque a usted no le parezca muy

femenino, y me preparé para lo peor. Al fin y al cabo, no sabía si quien llegaba lo hacía con el propósito de ayudarme o llevaba peores intenciones que un miura.

—Ya se lo dije antes —observa el Juez, dando golpecitos al reloj con el índice para ver si las estrellitas de la esfera se ponen otra vez en marcha—. Lo más probable es que fuese otra cantante que se sentía tan perdida como usted.

—De acuerdo, podía ser otra cantante pero eso no quiere decir gran cosa, porque no todas las cantantes frustradas reaccionan de igual modo. Por eso pensé que no estaba de más adoptar algunas precauciones. Cuando levantó el farol por encima de la cabeza para verme mejor, yo también pude verla mejor a ella y entonces me di cuenta de que iba vestida de japonesa. Dejó el farol en el suelo, me hizo una reverencia y se presentó diciéndome que era Madame Butterfly.

»Madame Cojones, le contesté yo, fastidiada desde el primer momento por su sonrisa de figurita de porcelana.

Las mujeres se desternillan de risa. Ni siquiera el Portero ha podido reprimir una ligera sonrisa. He ahí, piensa, una mujer sincera que dice lo que se le pasa por la cabeza. Y se queda contemplando a Brígida con una mirada divertida.

—Ya sé —reconoce la Schwarzeinstein— que no hubiese tenido que soltarle aquella grosería, pero

usted tiene que comprender que estaba hecha un saco de nervios y que en esos momentos sueltas lo primero que se te ocurre.

—¿Qué hizo la mujer?

—Aquella fulana —sigue recordando Brígida— no tomó en serio mi exabrupto, como si pensase que el hecho de ir vestida de Madame Butterfly la situaba por encima de todas las groserías que le pudiesen soltar. Esa cabrona, me dije, piensa seguramente que ir disfrazada de Madame Butterfly tiene más mérito que ir disfrazada de Brunilda.

—Así ha sido siempre —observa el Juez, contemplando con una sonrisa nostálgica el sol con pestañas que dibujó antes en la cuartilla—. Nos disfrazamos no sólo para los demás, sino también para nosotros mismos. Y acabamos atribuyéndonos las virtudes de los disfrazados.

—¿Y usted cree que Madame Butterfly fue más importante que Brunilda?

—Siempre he tenido por norma no responder a ese tipo de preguntas —contesta el Juez—. Puede darse usted la respuesta que prefiera.

—Lo que también me fastidió bastante —recuerda Brígida, sin dejar de pensar en la Madame Butterfly— fueron sus aires de sufridora. Te sientan la mar de bien los cuernos, me dijo, seguramente para hacerse la simpática. Y yo le pregunté: ¿De qué cuernos me estás hablando, mala puta?

—Lo más probable es que se estuviese refiriendo a los cuernos que lleva usted pegados en el casco —observa el Juez.

—Sí, sí, claro, pero en aquellos momentos yo no me acordaba de los cuernos. Los tenía completamente olvidados. Una acaba acostumbrándose a todo.

—Eso no deja de ser cierto —suspira el Juez, pensando en los años que lleva sepultado en estos subterráneos—. De todos modos, me tiene usted sobre ascuas. Ella le dijo que le sentaban bien los cuernos y usted se lo tomó a mal. ¿Qué pasó luego? ¿Qué puede replicar una Madame Butterfly de pega cuando una Brunilda también de pega la llama mala puta? ¿Liarse a mamporros, como dos verduleras?

—Eso es lo que hicimos —confiesa Brígida, un poco avergonzada—, liarnos a mamporros. Fue ella la que empezó. Cuando la llamé mala puta me sacudió en la cabeza con la sombrilla. Luego, al ver que yo me quedaba como si tal cosa (no olvide que llevaba el casco puesto), se me echó encima y me dijo que me iba a arrancar los ojos. ¿Tú y cuántas más?, le pregunté. Y, como le digo, nos empezamos a sacudir de lo lindo.

—Comprendido —susurra el Juez, como si acabasen de plantearle un problema y hubiese visto la solución desde el primer momento—. Está más claro que el agua: lo que cada una de ustedes bus-

caba era zurrarse a sí misma en el cuerpo de la otra.

Tampoco esta vez Brígida comprende adónde quiere ir a parar el Juez y se le queda mirando con los ojos muy abiertos.

—¿En el cuerpo de la otra? —repite.

—Se lo explicaré de otra forma. Estoy convencido de que, en el fondo, lo que usted quería era castigar sus propias frustraciones en el cuerpo de la china. Y a la inversa: esa china quería castigar en su cuerpo de usted sus propias frustraciones.

—¿De qué china me está hablando ahora?

—China o japonesa viene a ser lo mismo, las dos son amarillas. ¿Acaso es usted capaz de distinguir una china de una japonesa?

—No resulta nada difícil —responde Brígida—. Las chinas tienen los ojos inclinados hacia arriba y las japonesas hacia abajo.

—No estoy muy seguro de que sea tan sencillo —dice el Juez—. En fin, lo que importa es que, gracias a la pelea, usted y esa Butterfly de pacotilla pudieron dar rienda suelta a toda la mala leche que llevaban dentro.

A Brígida no le parece justo que el Juez haya llamado a su rival Madame Butterfly de pacotilla, pero no protesta. No vale la pena. Piense lo que piense ese hombre, ella sabe muy bien que las criaturas poéticas, hijas del talento y de la fantasía de los artistas, son más reales que quienes las

crearon, y que importa poco, para que continúen siendo reales, que encuentren o no encuentren el camino de sus respectivos escenarios.

—Estoy seguro de que las dos se sintieron después mucho mejor —observa ahora el Juez—. Una buena paliza cura muchas cosas.

—No puedo decirle ni que sí, ni que no. A lo mejor es verdad que una buena paliza arregla muchas cosas. Lo cierto es que nos dimos más palos que a una estera. De pronto volvió la luz, recuerde que estábamos a oscuras, y entonces, al vernos desgredadas y con la cara llena de sangre, nos echamos las dos a llorar y durante bastante rato estuvimos abrazadas, consolándonos recíprocamente. Cuando se nos acabaron las lágrimas ella cogió su linterna, a pesar de que ya no la necesitaba, y se fue pasillo adelante. Antes o después quiero cantar ahí arriba, me dijo. Y siguió su camino.

—¿Y usted?

—Me quedé en el mismo sitio. Luego me puse otra vez a dar vueltas hasta que me encontraron y me trajeron aquí.

El Juez da una palmada sobre la mesa.

—Nada más —dice—. Tenía usted razón al decirme que el epílogo no era feliz. A partir de ahora tendrá que enfrentarse con sus jueces.

—¿Y tendré que responderles las mismas preguntas?

—Tal vez sí, tal vez no. No sabría decírselo. Sus jueces dispondrán de toda la información que yo les facilite, pero puede que consideren oportuno preguntarle otras cosas.

El Portero decide que ha llegado por fin el momento de meterse en la sala contigua. No lo hace, sin embargo, con la rapidez y despreocupación de los que, apenas suena la sirena de la fábrica, enfilan alegremente la puerta de salida. Antes de ponerse en movimiento consulta con la mirada al Juez y se acaricia lentamente la ceja derecha con el índice. Sus arcos ciliares parecen ahora más abultados que cuando se inició el interrogatorio. Se convence de que el Juez no tiene ya la menor intención de volver a abrir la carpeta y sólo entonces se permite el lujo de resoplar brevemente por la nariz. Es una forma de celebrar el fin de su jornada laboral. Luego empuja la puerta centímetro a centímetro —quiere evitar el chirrido de los goznes para coger a las mujeres por sorpresa— pero las cantantes le reciben con una cerrada salva de aplausos.

—Sí, sí, tenía usted toda la razón del mundo —repite el Juez, indiferente a los aplausos y a los chillidos de las mujeres—. El epílogo de su historia es muy triste. No vale la pena que lo incluyamos entre los documentos de la carpeta. Vamos a ver ahora qué es lo que le preguntan esta tarde

los jueces. Lo único que yo he hecho hasta ahora es allanarles un poco el camino.

Pero no hace todavía ademán de levantarse. Se quita las gafas con parsimonia, limpia los cristales con un papel de fumar y procura poner un poco de orden en sus ideas. Luego vuelve a ponerse las gafas, alarga las piernas por debajo de la mesa y entrelaza las manos a la altura del estómago.

—De todas formas, antes de cerrar definitivamente mi trabajo, no estará de más que hagamos una última recapitulación de los hechos. Yo se la hago de memoria y usted, en todo caso, me corrija.

—Es usted un guarro —le dice Brígida—. Ya está bien de cachondeo. Lo que usted quiere ahora es regodearse con mis tribulaciones.

—Vamos a ver —empieza el Juez cerrando los ojos y apretándose las sienes con los índices—. Punto uno: Se llama usted Brígida von Schwarzeinstein y la contrataron para cantar en este Teatro. Punto dos: Cuando llegó el momento de salir al escenario, tuvo miedo y en lugar de dar la cara prefirió perderse por los sótanos del Teatro. Punto tres: Se pasó la noche dando vueltas, huyendo, en realidad, de sí misma y de su propia cobardía. Punto cuatro: Esta madrugada la encontraron vagando por los sótanos del Teatro. Quedó asimismo muy claro que no se considera una mu-

jer excelsa, que tiene los ojos de color azul y que no es completamente simétrica por culpa de un ojo, que tiene un poco más grande que el otro. Me confesó asimismo que su padre se llamaba Braulio y que murió de un ataque al corazón antes de que usted cumpliera los siete años. Durante los últimos años de su matrimonio su señora madre se fue engordando irremediablemente y usted misma apuntó la posibilidad de que su padre se muriese de pena al ver cómo aquella adorable muchachita que un día le robó el corazón se iba convirtiendo día a día en una vaca.

—Alto ahí —le interrumpe Brígida—. Yo no le dije exactamente eso. No permito que nadie llame vaca a mi madre.

—Es sólo una forma de hablar —se disculpa el Juez—. Lo cierto es que su señora madre se reunía con sus amigas gordas todos los jueves por la tarde y se atiborraban de pasteles mientras usted les cantaba villancicos subida a una silla del salón.

—Sí, señor —dice Brígida—. Todo eso es cierto.

—Lo que los jueces deberán determinar ahora —dice el Juez— es de qué forma todas esas circunstancias (ojos azules, asimetría ocular, madre obesa, amigas maternas también obesas, dulces de mazapán, villancicos en plena canícula, padre prematuramente fallecido, etc.) pudieron

influir, sumando todos los efectos, en su actual condición de soprano frustrada.

—Los dulces no eran precisamente de maza-pán —precisa Brígida.

—¿No son éstos los que más engordan? ¿Y no son los que se corresponden mejor con los villancicos?

—Las amigas de mamá preferían las lionesas y las galletas de coco —recuerda Brígida, sintiendo que se le vuelven a llenar los ojos de lágrimas.

—Algunas veces, amiga mía —dice el Juez, sin tomarse ya la molestia de consignar por escrito las nuevas revelaciones de la cantante—, ni siquiera se nos puede culpar de nuestros propios fracasos.

Nada agita ahora los tapices violeta de los muros, que cuelgan inmóviles como sudarios. El Juez y Brígida von Schwarzeinstein, frente a frente, permanecen en silencio.

—Sea como fuere —suspira por fin Brígida—, no tengo más remedio que aceptar mi destino. Ya lo dice un refrán, unas nacen para vendimiar y otras para sacar cestos. O, lo que es igual, unas nacen con estrella y otras nacen estrelladas.

Hace ademán de levantarse —y lo hace con aire decidido, como si por fin supiese muy bien cuál es el camino que habrá de devolverla a la luz del sol—, pero el Juez la detiene con un ademán.

—Alto ahí —le ordena—. No ha llegado todavía

el momento de levantarse. Quédese donde está y escuche lo que todavía tengo que decirle. Y no se justifique con refranes tan discutibles. ¿Cómo ha dicho usted? ¿Que unas nacen con estrella y otras nacen estrelladas? ¿No conoce también ese otro refrán que dice que quien cambia de pensamientos puede cambiar también su destino?

—Es inútil —musita Brígida—. No hay nada que hacer. Las cosas son como son. Estoy segura de que si mi pobre madre hubiese disparado aquella ballesta, no hubiese acertado jamás en el trasero de la soprano búlgara.

Hace otra vez ademán de levantarse y el Juez considera oportuno reclamar la asistencia del Portero. Bate palmas y el hombre regresa a la Sala de Audiencias con la cara manchada de carmín. Ya observamos en su momento que no parece un hombre con muchas luces —dijimos, concretamente, que le delataban las orejas en forma de asa y unos arcos ciliares demasiado acusados—, pero, a pesar de sus limitaciones, se hace cargo de la situación y se coloca junto a la soprano.

—Nada de rendiciones incondicionales, amiga mía —dice el Juez—. Si de mí dependiese, la condenaría a pasarse todas las noches de su vida recorriendo los pasillos de este Teatro.

—¿Todas las noches de mi vida? ¿Cree usted que en este mundo puede encontrarse una sola persona que busque su camino con tanto em-

peño? Yo creo que no. Al fin y al cabo, el mundo está lleno de caminos. Donde un camino se cierra, otro se abre.

—¡Vamos, vamos no se me haga ahora la listilla! ¡No trate de engañarse a sí misma! ¡Usted sabe muy bien que sólo hay un camino que nos conduzca hasta nosotros mismos!

—Lo que más me fastidia —se lamenta Brígida— es que toda esta pesadilla no termine con su interrogatorio. Porque, vamos a ver, ¿qué tal son esos jueces? ¿Son hombres honrados? ¿Son también asimétricos, como nosotros? ¿Les conoce usted? ¿Les cree capaces de condenarme por no haber sabido encontrar mi camino?

—No quiero asustarla, pero lo más probable es que la condenen a ser Brunilda hasta el fin de sus días. Por lo menos, la castigarán a que jamás pueda olvidar que en alguna parte están esperándola Sigfrido, Alberico, Gutrune y todos los demás.

—Yo no soy Brunilda, déjese de gaitas —protesta Brígida—. A mí no me espera nadie. Nunca tuve esa suerte.

Hace otra vez ademán de levantarse, pero el Portero le coloca la mano sobre el hombro y la mantiene pegada al banco.

—Lo malo —suspira el Juez— es que usted y yo sabemos de antemano que a las mujeres de su categoría les resulta muy difícil encontrar el camino

de la felicidad. Usted se pasará toda la vida dando vueltas y más vueltas. Bajará por unas escaleras, subirá por otras, entrará en unas habitaciones, saldrá de otras y puede incluso que alguna noche, con un poco de suerte, pueda volver a tumbarse sobre la cama de dosel rojo. Nunca, sin embargo, se lo anticipo ahora, entrará en su habitación ese ansiado Fantasma de la Ópera con el que usted ha soñado tantas veces. Nunca conseguirá verse reflejada en las pupilas de ese pálido aristócrata.

—Tampoco se verá usted —replica Brígida, sin saber exactamente qué es lo que dice.

—Yo supe resignarme hace años —responde el Juez—. Vivo dormido en mi resignación. Para que mis sueños se convirtiesen en realidad tendría que despertar antes.

—De lo único que estoy segura —dice Brígida— es de que a usted le sentaron en esa mesa sólo para levantar acta de nuestros fracasos. Vive manipulando las desdichas de los demás.

—Ni más ni menos —dice el Juez, apoyando las dos manos sobre la mesa.

—¿Y por qué no acepta también su fracaso? ¿Por qué no reconoce que usted es otro fracasado?

—Creo que su sentencia va a ser muy dura —dice el Juez, sin responder a las preguntas de la Schwarzeinstein—. El peor castigo es recorrer caminos que no conducen a ninguna parte. ¡Ah, sí!

¡Nada peor que amar a quien no nos ama y responder a quien no nos llama!

—¿Dice usted todo eso por esa Timotea de la que me habló antes? ¿No fue esa muchacha la que hace años le dejó con un palmo de narices?

Las mujeres aplauden el postrer contraataque de la soprano. No les importa ya asegurarse la benevolencia del hombre que ya no puede tardar mucho en interrogarlas.

—¿Es cierto —sigue preguntando Brígida— que su Timotea tenía una mirada azul que descendía directamente del Paraíso? ¡Vamos, no sea tímido y cuéntemelo todo! ¡Ha llegado también para usted el momento de entonar el mea culpa! ¿Quién era esa mujer inolvidable que a última hora le dejó compuesto y sin novia? ¿Por qué, antes de aspirar a esa muchacha, no se miró en un espejo? ¿Por qué supuso usted que su asimetría no es tan risible como la mía?

—¿Quién dice que mi asimetría es risible? —protesta el Juez.

—¿Fue Timotea —inquieta Brígida, con todas las venas del cuello abultadas— quien le hizo renunciar al sol? ¿Es el recuerdo de aquella mujer imposible el que le sepultó hace años en este antro para levantar acta de las frustraciones de los demás?

—Ja, ja —se ríe el Juez.

—Se lo volveré a preguntar: ¿Fue aquella tía,

que seguramente era más puta que las gallinas, la que le puso los cuernos con su mejor amigo?

Las mujeres siguen riéndose. Se ríe también el Portero con orejas en forma de asa y las mejillas manchadas de carmín. Al cabo de unos instantes, una vez superado su desconcierto inicial, empieza a reírse incluso el propio Juez, que sigue con las palmas de la mano apoyadas sobre el tablero de la mesa, como si estuviese a punto de darse impulso para levantarse y salir volando por la ventana.

La única que no se ríe es Brígida von Schwarzeinstein, tal vez porque en estos momentos está pensando en los villancicos de su infancia y en las amigas gordas de su madre.

Regresa por fin el violoncelo de Dvorak, que no se dejaba oír desde hace un buen rato, y los tapices violeta que cuelgan de las paredes se estremecen otra vez ligeramente, recorridos por la gélida brisa que de vez en cuando, como un siniestro recordatorio, sube desde las entrañas del mundo.

—Punto final —dice el Juez, ajustándose a la nariz sus gafas sin montura—. Yo me voy, pero usted debe continuar aquí, sin moverse, sentada en ese banco. Antes de media hora llegarán los verdaderos jueces. Usted misma puede decirles que encontrarán su expediente en el segundo cajón de esta mesa, guardado en una carpeta roja.

Se levanta por fin de la mesa y, seguido por el

Portero, recorre lentamente el pasillo camino del aposento de las mujeres. Brígida observa por primera vez que el Juez cojea de la pierna izquierda.

—Puede que ese hombre tenga también una pierna más corta que la otra —masculla.

A partir de aquí, no añadiremos ya nada más. Lo nuestro no es dictar sentencias.

Impreso en Talleres Gráficos
LIBERDUPLEX, S. L.
Constitución, 19
08014 Barcelona

NARRATIVAS HISPÁNICAS

174. **Álvaro Pombo**, Telepena de Celia Cecilia Villalobo
175. **J.M. Riera de Leyva**, Una cerveza en Kenia
176. **Soledad Puértolas**, Si al atardecer llegara el mensajero
177. **Enrique Vila-Matas**, Lejos de Veracruz
178. **Alfredo Bryce Echenique**, No me esperen en abril
179. **Alfredo Bryce Echenique**, Un mundo para Julius
180. **José Manuel Caballero Bonald**, Tiempo de guerras perdidas
181. **Belén Gopegui**, Tocarnos la cara
182. **Marcos Giralte Torrente**, Entiéndame
183. **Quim Monzó**, Gasolina
184. **Alfredo Bryce Echenique**, La vida exagerada de Martín Romaña
185. **Vicente Molina Foix**, La misa de Baroja
186. **David Trueba**, Abierto toda la noche
187. **Antonio Soler**, Los héroes de la frontera
188. **Adelaida García Morales**, La tía Águeda
189. **Miguel Sánchez-Ostiz**, Un infierno en el jardín
190. **Alfredo Bryce Echenique**, El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz
191. **J. A. González Sainz**, Un mundo exasperado
192. **Eloy Tizón**, Seda salvaje
193. **Jesús Díaz**, La piel y la máscara
194. **Ignacio Vidal-Folch**, La libertad
195. **Laura Freixas (ed.)**, Madres e hijas
196. **J. A. Masoliver Ródenas**, La sombra del triángulo
197. **Olga Guirao**, Adversarios admirables
198. **Ignacio Martínez de Pisón**, Carreteras secundarias
199. **Javier Tomeo**, La máquina voladora
200. **Álvaro Pombo**, Donde las mujeres
201. **Augusto Monterroso**, La palabra mágica
202. **Josefina R. Aldecoa**, Porque éramos jóvenes
203. **Soledad Puértolas**, Recuerdos de otra persona
204. **Ismael Grasa**, Días en China
205. **Carmen Martín Gaité**, Lo raro es vivir
206. **Jesús Pardo**, Autorretrato sin retoques
207. **Sergi Pàmies**, Sentimental
208. **Javier Tomeo**, Historias mínimas
209. **Rafael Chirbes**, La larga marcha
210. **Roberto Bolaño**, Estrella distante
211. **Blanca Riestra**, Anatol y dos más
212. **Antonio Soler**, Las bailarinas muertas
213. **Pedro Ugarte**, Los cuerpos de las nadadoras
214. **Miguel Sánchez-Ostiz**, La caja china
215. **Jesús Díaz**, Las iniciales de la tierra
216. **Francisco Casavella**, Un enano español se suicida en Las Vegas
217. **Francisco Casavella**, El triunfo
218. **Enrique Vila-Matas**, Extraña forma de vida
219. **Ignacio Vidal-Folch**, Amigos que no he vuelto a ver
220. **Alfredo Bryce Echenique**, Reo de nocturnidad
221. **Alfredo Bryce Echenique**, Tantas veces Pedro
222. **Javier Tomeo**, Los misterios de la Ópera
223. **Pedro Zarraluki**, Hotel Astoria

Mal asunto cuando no encontramos el camino que debe conducirnos al escenario de nuestros éxitos. Mal asunto, también, cuando no queremos encontrar ese camino y nos resignamos a movernos únicamente por los oscuros pasadizos de la mediocridad. Porque eso es, también, lo que sucede algunas veces: en nuestro fuero interno, en las capas más profundas de nuestro subconsciente, nos negamos a encontrar el camino de nuestra plena realización y continuamos dando vueltas y más vueltas alrededor de lo que preferimos considerar como un sueño imposible.

¿Qué es, pues, lo que le sucede a nuestra oscura y voluminosa soprano Brígida von Schwarzeinstein, contratada por la Ópera de M para interpretar el papel de Brunilda en *El crepúsculo de los dioses*? ¿Desea realmente, después de tantos años de ilusionada espera, encontrar el camino que debe conducirla al escenario en el que tendrá que demostrarnos todo su talento? ¿Quiere realmente interpretar el papel de aquella hermosa y heroica mujer? ¿Desea de todo corazón convertirse en la amante del héroe? ¿Tiene valor suficiente para precipitarse con su caballo en la pira en la que arde el cadáver de su amado Sigfrido?

Dicho de otro modo: ¿confía en sí misma? ¿Se atreve a apostar realmente por su talento cuando le llega por fin la hora de demostrarlo? ¿Teme tanto al fracaso que prefiere continuar arrastrándose por los tenebrosos pasillos del anonimato?

No está muy claro y nosotros necesitamos saberlo para pronunciar nuestro veredicto. Los lectores, una vez más, convertidos en Jueces. Son ellos quienes deben pronunciar la correspondiente sentencia.

Y la sentencia del lector, pensamos, debería ser contundente: en *Los misterios de la Ópera*, misteriosamente, Tomeo logra superarse a sí mismo.

